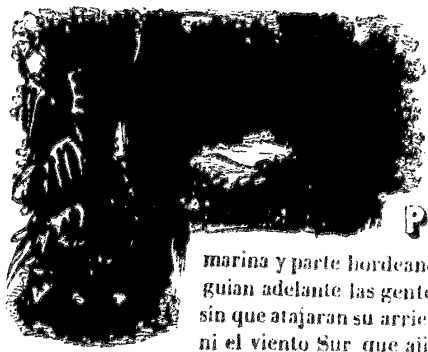




(Los Indios de Tumbes rescatados dan muerte alevosa a tres españoles.)

HISTORIA.

FRANCISCO PIZARRO.



PARTE por la marina y parte bordeando la costa seguían adelante las gentes de Pizarro, sin que atajaran su arriesgado camino ni el viento Sur que ajitaba las olas, ni los ríos y esteros que tenían precisión de cruzar en la playa, ni el cansancio de vencer tan continuas dificultades. Viéronles invadir los indios de Coaque su territorio,

Tomo I.—SEPTIEMBRE DE 1845.

no en son de guerra, si bien ya no se les halagaba con afectuosas contemplaciones por la extraña hueste que en aquel país remoto iba á tomar hospedage y á establecer señorío. A fin de atraer á su lado españoles de las otras colonias reunía Pizarro todo el oro que podía, desperdiciando esmeraldas de gran precio por ceder estas al golpe del martillo y considerar los suyos que era la mejor señal de que no valían nada. Reunidos has-

ta veinte mil pesos entre plata y oro, despachó el gobernador á Panamá uno de sus buques y otro á Nicaragua con alguna porción del tesoro adquirido para que sirviera de cebo á la codicia de los muchos aventureros que aportaban á las Indias de Occidente en pos de gloria y de fortuna.

Otros siete meses tuvo que aguardar allí Pizarro la llegada de socorros en medio de penalidades sin cuento; á las ya comunes del hambre y la fatiga, de la murmuración y el descontento, venía á agregarse ahora una enfermedad espantosa, que desfiguraba á los hombres llenándoles rostros y cuerpos de berrugas dolorosas y repugnantes, que ocasionaron la muerte de algunos y el desaliento casi de todos. Con el arribo del tesorero Riquelme y demás oficiales reales, y con la noticia de que en breve llevaría Almagro mas fuerzas, pudo Pizarro poner término á las cotidianas exhortaciones dirigidas á infundir ánimo á cuantos desfallecían bajo el peso de las dolencias, y á prodigar consuelos á los que se mostraban afligidos, viendo el triste fruto de sus fecundas esperanzas. Como hombre de consejo tuvo por mejor surcar otra vez las olas sin separarse de la orilla, que dar vado con la inacción á las cavilaciones y lamentos de su escasa falange; y agasajado por los indios en algunos puntos, desbaratada prontamente en otros su débil resistencia, hizo alto en Puerto Viejo, cerca de Tumbez y enfrente á la isla de Puna. A poco se le juntó Sebastian de Belalcázar con treinta voluntarios procedentes de Nicaragua, y ya no titubeó Pizarro un solo punto en comenzar á reducir á la práctica sus gigantescos y bien combinados planes. Tenía espedito el paso de Tumbez y la blandura y amistad con que había tratado á sus naturales debía hacerle esperar franca y cordial acogida: su único pensamiento era avasallar aquel territorio con sagacidad artificiosa ó por la fuerza de las armas: como su noble comportamiento había encantado á los de Tumbez hasta el punto de inspirarlos alta idea de su origen y gerarquía, si les prestaba visibles servicios, natural parecía que les encontrase además de afectuosos agradecidos y obligados: nada podía ser mas grato á su condición salvaje que ver vencidos y humillados á sus perpetuos y antiguos enemigos. No por otra causa quiso Pizarro someter á los de Puna, isla distante doce leguas de Tierra Firme, adonde se trasladó con los españoles y algunos indios, no sin correr grandes riesgos en la travesía. Recibidos al principio con obsequios, amenazados después de ruina en sigilosas juntas de caciques, rompiéronse al fin las hostilidades, y en el curso de ellas hubo gran mortandad de indios, y adquirieron los españoles abundantes despojos, no en riqueza, sino en el rescate de seiscientos tumbecinos, prisioneros en Puna y que, restituidos al seno de sus familias, debían allanarles con la espresión de su agradecimiento el camino de la conquista.

Vino á coincidir con esto la llegada del famoso capitán Hernando de Soto á la cabeza de algunos infantes y ginetes. Deseoso Pizarro de no malograr aquel socorro dispuso volver á Tierra Firme, enviando delante á tres españoles con los tumbecinos libres de cautiverio, bien

agosto de verse comprometido en inmediatas lides, aunque siempre á ellas preparado. Inicuamente satisficieron su deuda de gratitud los indios rescatados con dar muerte alevosa á los tres españoles, acometer las balsas á su arribo á tierra, apoderarse de cuanto en ellas iba; y de cierto exterminar á los que ya habían desembarcado desprevenidos y sin gefes, si Hernando Pizarro no se arrojara intrépido á un estero con algunos ginetes y desbandara en su ímpetu á aquella traidora muchedumbre. Dueño así del campo facilitó la salida á tierra de toda la gente de su hermano. Todo el anhelo de este consistía entonces en que le reconociera el cacique por el mismo que años antes había visitado de paz sus playas; deseaba el cacique sus amistosos mensajes, mientras los indios, formados en grupos acechaban el campo desde lejos con el fin de dañar á cuantos de allí se separasen. No pudo Pizarro ver sin enojo desairadas sus blandas insinuaciones, y correspondidos sus pacíficos intentos con un perpetuo amago de hostilidades. Evitarlas por mas tiempo hubiera equivalido á renunciar á la empresa engendrando en el ánimo de los indios el convencimiento de su enorme superioridad ante unos pocos valientes, pues ya le tenían de que no eran inmortales. Después de acometidos y arrollados urdieron disculpas y solicitaron paz, que les fué concedida con gran júbilo de los españoles, quienes empezaban á gustar las delicias de un país fértil y opulento. De resultas de tan próspera jornada fundó Pizarro el pueblo de San Miguel en el valle de Tangarala, dejando allí á Antonio de Navarra y á Alfonso Riquelme con algunos mas para que recibieran los socorros procedentes de las otras colonias, adonde había ya enviado sus naves. Al adelantarse por los llanos, cuyos moradores no oponían resistencia, y al someter Hernando de Soto á los indios de la sierra sin muchos afanes, supo Pizarro cuanto favorecía sus designios de dominación el estado de aquel imperio. Compacto y unido bajo el gobierno de Huayna-Capac, príncipe poderoso y acatado de los suyos, al tiempo de visitar los españoles aquella comarca por la vez primera, se hallaba ahora desunido por la muerte del Inca, y por la encarnizada guerra que se hacían sus hijos y sucesores Huascar y Atahualpa. Mientras Pizarro se adelantaba por lo interior de la tierra, recibía mensajes de ambos Incas: Huascar, prisionero á la sazón, le pedía amparo: Atahualpa victorioso aspiraba á su amistad ofreciéndole presentes de ínfimo precio para ser de un soberano, lo cual inducía naturalmente á recelar de sus buenas disposiciones. Esta vez no quiso contemporizar el caudillo español con los que vacilaban en su fé tímidos y desalentados, y sin detenerse en afearlos su pusilanimidad y flaqueza no se opuso á que regresaran á San Miguel todos los que no se sintieran con ánimo bastante para llevar á cabo su temeraria aventura: solo cinco ginetes y cuatro peones volvieron la espalda al peligro. Animosos y contentos los restantes cruzaron un desierto arenal de veinte leguas y treparon á una montaña de difícil acceso, por no tomar el rodeo de la llanura, bien decididos á no eludir fatigas á trueque de ganar horas. Pizarro durante aquellas penosas jornadas adquiría seguras nuevas de la por-

sición que ocupaba el Inca junto á Caxamalca con treinta mil hombres, aun cuando sus mensajeros le aseguraban, traspuestos ya los escabrosos montes, que Atahualpa le recibiría de paz y que gente de guerra no tenía ninguna por haberla enviado toda contra el Cuzco. No pudo dudar Pizarro de lo insidioso del mensaje á la vuelta de un indio de San Miguel, antes despachado á Caxamalca, de donde venía descontento por no haberle admitido en su presencia el Inca. Este menudeaba sus obsequios, y el gobernador disimulado y cauteloso se mostraba agradecido y lleno de confianza, transmitiéndola á los suyos mientras urdía el modo de desbaratar los ardides de aquellos naturales. Daban inequívocas señales de sus intenciones hostiles la población de Caxamalca triste y sola, el campamento del Inca, asentado á la falda de una sierra poco distante, y la notabilísima circunstancia de no adelantarse ningún indio al encuentro de los recién llegados. Hábil y previsor Pizarro despues de reconocido el pueblo escogió la plaza, ceñida de una pared con dos puertas, como el punto mas adecuado para establecer sus reales y prevenirse contra toda asechanza; atraer allí al Inca fué la venturosa é instantánea idea que brotó de su mente, no bien tuvo medios positivos de defensa. A fin de lograr su intento hizo que Hernando de Soto fuese con veinte caballos al campamento de Atahualpa y le invitase á una pronta entrevista; y para guardarles las espaldas dispuso que les siguieran otros veinte ginetes á las órdenes de Hernando Pizarro. Recibióles el Inca afable y cortés, si bien con la ufanía del poderoso ante sus inferiores, y aceptando el convite de Pizarro, por lo avanzado de la hora quiso dilatar la entrevista hasta el día siguiente. Vueltos á Caxamalca los dos Hernandos y acordes en considerar á Atahualpa mal dispuesto hácia los españoles, inclinaron el ánimo de su jefe á salir de situación tan incierta con ventaja y dentro de breve plazo.

Es imposible consultar las diversas relaciones de la conquista del Perú sin convencerse de que no había sinceridad alguna en las pacíficas protestas de Atahualpa. Muchos se esmeran en ponderar el valor, la pericia, el prestigio, la grandeza de espíritu, suma prevision, y alta capacidad de este monarca, á fin de rodearle con el interés que inspira todo infortunio, y de que recaiga toda la odiosidad sobre Francisco Pizarro; se empeñan los historiadores extranjeros en sostener que el Inca brindaba á los españoles franco hospedaje; y esto despues de disculpar la perfidia de los indios de Tumbes hácia sus libertadores, con decir que había llegado á su noticia lo acaecido en Coaque. No es probable que ignorara el soberano lo que sabía el último de sus curacas, ni que príncipe tan animoso como nos le pintan, tan acostumbrado á la victoria y jefe de numerosas fuerzas, diese el nocivo ejemplo de doblar su coronada sien al extraño yugo, y prodigase á los invasores de su imperio halagos que no fueran mentidos. Y si, contra lo que se desprende del texto de los fastos del Perú, nunca abrigó en su mente el propósito de turbar la paz de los españoles, su pericia, su prevision, su alta capacidad vienen por tierra; pues el alarde que hizo de su autoridad y poderío

rio á la llegada de los mensajeros de Pizarro y en la corta travesía de su campamento á Caxamalca revelaban otras intenciones. Con atribuírselas henramos su memoria, y la mancillan los que suponiéndole notable por su agudeza, dignidad y cultura, dan por cosa cierta, que desconocía su decoro hasta el punto de mover sus reales al frente de treinta mil indios armados, solo con el objeto de hacer una visita amistosa al caudillo de un centenar de hombres.

Estas serian nada mas que conjeturas si no se apoyaran en las mismas expresiones dirigidas por el Inca á los dos Hernandos al aceptar el convite de su jefe.—*¡Iré, decía, con mi ejército en orden y armado, mas no tengo pena ni miedo por ello.*—Disculpa no pedida arguye delito: mientras la alegaba el Inca ponía particular esmero en ostentar su fortaleza y en disimular el asombro que le producía cuanto veía delante, llegando á reprender y aun á castigar á algunos indios, cuyo azoramiento les indujo á la fuga al ver las escaramuzas y corbelas del caballo de Soto. *Mazabelica, capitán mio en el río Turricara, añadía, me ha avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo por haber tratado mal á los caciques del contorno.* Corroboraba esta frase que en su sentir valian poco y merecian menos sus huéspedes no esperados, y que toda oferta de amistad propendía solo á adormecer su vigilancia con el fin de destruirles de improviso; así, y no de otra manera, se explica que Atahualpa, dotado de una índole soberbia y ofendido según su declaración propia, en las personas de sus caciques, prometiera deponer sus rencores; si bien menos astuto de lo que convenia á su designio, no estuvo á su alcance fingir magnanimidad y benevolencia sin que á señales y palabras de aparente cariño acompañaran palabras y señales de menosprecio profundo.—*Pues el gobernador quiere ayudarme contra mis enemigos,* decía por último, *á cuatro jornadas de aquí hay unos indios bravos con quienes yo no puedo.*—Como en ninguna de las narraciones de la conquista se habla de que existiesen por aquellas cercanías indios de tal braveza, se deduce evidentemente que Atahualpa pensaba conseguir por este artificio modo atenuar á los españoles para que retrocedieran camino, ó internarlos en el país para asegurar su completa ruina.

Si despues de analizadas las intenciones de Atahualpa se fija el entendimiento de mas escasas luces en la situación de Pizarro, desde luego comprende que al romper este las hostilidades lo hizo provocado y contra su voluntad y conveniencia. Hombre de pulso, perseverante y cuerdo en demasía, cuanto mas le aguijara el deseo de avasallar aquella comarca de inagotables tesoros, mas había de moderarse y reprimirse hasta disponer de fuerzas suficientes para la acometida: ahora las tenía á lo sumo para la resistencia, y eso acreditando sus gentes sobrenatural heroísmo. Aun podía cuestionarse si, atendido el carácter sagaz y mañoso de Pizarro, hubiera consagrado al venturoso éxito de su empresa la sutil astucia en vez del militar estruendo, á no ser capitán de soldados, cuyos instintos bélicos hallaban ilustre ejemplo en las proezas de sus padres contra los sectarios de

Mahoma, insigne escuela y fácil desarrollo en las sangrientas luchas de Italia. Poseía el conquistador del Perú altas dotes de diplomático y de guerrero, y aun cuando por necesidad había de rendir tributo al espíritu de su siglo, no cabe duda en que su juiciosa madurez y larga experiencia nunca podían impelerle á figurar como agresor en el rompimiento de hostilidades antes de que se equilibrasen algun tanto las ventajas debidas por los indios á su muchedumbre, por los españoles á su destreza.

Mal se le ocultaría á Pizarro cuanto distaba de ser un hecho aquel equilibrio mientras veía resbalar lentas y tardías las horas de la noche transcurrida desde la invitación al Inca hasta la entrevista de Caxamalca, y al asomar la siguiente aurora no tuvo que esforzarse poco en alentar y enardecer á sus soldados, sabedores por un nuevo mensaje de que Atahualpa llevaría armada su gente: iniciados por confidentiales avisos en la dañada intención del que, vendiéndoles finezas, meditaba no dejar uno á vida aquella noche, y recelosos del éxito de una refriega en que iban á ser en batalla contra cada español doscientos indios.

De la veracidad de tan alarmantes noticias vinieron á dar testimonio los sucesos posteriores. Atahualpa no se movió de sus reales hasta despues de mediodía: casi había descendido el sol á su ocaso, y aun separaba medio cuarto de legua al Inca de los inclitos aventureros, repartidos por su capitán en los tres galpones de la plaza: ya se contaba por instantes el término de aquella penosa incertidumbre, y tal vez los mas suspicaces se sentían inclinados á no creer á los Indios capaces de quebrantar su fé hospitalaria.... Un imprevisto mensaje desvaneció al fin todas las ilusiones: lidiar con firme denuedo era el único modo de salvar la existencia y de proseguir la conquista. Atahualpa había asentado sus toldos en aquel sitio, enviando á decir que allí pasaría la noche. Desasosegado de impaciencia, inquieto por la tardanza, todavía tuvo Pizarro reflexion suficiente para templar su enojo y responderle en son de ruego que llegase pronto, pues le esperaba á cenar y no cenaría hasta su llegada. Ya no cabía dilación ni excusa, aunque sí disimulo y fingimiento: de uno y otro hizo uso el Inca exigiendo le enviaran un cristiano, y haciendo saber que al fin se presentaría sin armas. Cumplido su gusto faltó á su palabra: cierto es que el grueso de su gente quedó como de reserva y atalaya donde había levantado sus toldos, y aun consta que los seis mil hombres de su comitiva se adelantaron á Caxamalca al parecer desarmados; pero tampoco duda nadie que haya estudiado á los historiadores contemporáneos de la conquista, que debajo de sus vestidos ocultaban hondas y bolsas con piedras.

Por fortuna Pizarro había adoptado disposiciones acertadas en tan peligroso trance y distribuido hábilmente su gente: detrás de los paredones de la plaza se hallaba la caballería dividida en tres cuerpos, cada uno de veinte hombres al mando de Belalcázar, Hernando Pizarro y Soto: ocupaba Candia un ribazo con todos los mosqueteros, situándose algunos en lo alto de una torre-cilla, desde donde darían la señal de ataque, y á fin de

que este produjera mayor susto y trastorno habían puesto á los caballos pretales de cascabeles: se había reservado el gobernador quince rodaderos robustos y arrestados para acudir con presteza á los puntos de mas peligro.



Duraba ya largo tiempo la ansiedad de aquellos imponderables adalides y declinaba la luz del día cuando entró el Inca en Caxamalca llevado en hombros de sus caciques con imperial pompa y ostentoso aparato: rodeábanle los principales de su reino y le precedían hasta trescientos hombres limpiando las pajas del camino. Luego que hizo alto en medio de la plaza salió á su encuentro un religioso dominico, llamado Fray Vicente de Valverde, quien se detuvo en dirigirle una plática sobre los misterios de la religion cristiana, instándole á convertirse á la fé y á recibir el bautismo; haciéndole saber que el Padre Santo había donado su imperio á los Reyes de Castilla, y asegurándole como el gobernador era su amigo y le brindaba con la paz cual siempre lo había hecho. Se-

mejante plática era viciosa, irregular é importuna por lo menos en sus dos primeras partes, ininteligibles para el Inca, aun siendo descifradas por intérprete mas esperto que Felipillo, poco versado en la lengua castellana y casi ignorante del idioma del Cuzco; pues ni se opera súbito la conversion al cristianismo de ningun viviente, ni se ha realizado conquista alguna con exigir los invasores que, por voluntad de un soberano, se despoje de cuanto posee el señor y dueño del pais invadido. En todas las cosas terrenales y muy especialmente en las conquistas, no la persuacion, sino la fuerza es la única soberana del mundo. Ocasión tuvo Atahualpa de manifestar cuan poco satisfecho se hallaba del proceder de sus huéspedes cuando arrojó al suelo la Biblia, que le presentaba el Padre Valverde, por via de respuesta á palabras, cuyo significado no estaba á su alcance, y dijo en tono iracundo:—*Bien sé lo que habeis hecho por ese camino y cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohios.*—Formulaba disculpas el fraile: á ellas respondía el Inca con amenazas; mientras el Padre Valverde corría á dar cuenta al gobernador de lo acaecido,

Atahualpa se ponía en pié sobre las andas, hablaba á los suyos y promovía entre ellos un sordo y aterrador murmullo, semejante al que se alza en lo enmarañado del bosque como seguro y fatal mensajero de asoladora tormenta: toda contemporización era ya imposible, irrealizable todo avenimiento: no habia medio de que Pizarro conservára por mas tiempo cerca de sí aquella muchedumbre, sino despues de vencida. Dada la señal del combate causaron instantánea confusion y estrépito horroroso el fuego de la mosquetería, el galopar de los caballos y el terrible golpe de las espadas, ahogando así el postrer quejido del moribundo y el pavoroso acento del fugitivo. Sin tal bravura en los corazones y con menos ímpetu en la acometida no se pudiera despejar tan pronto aquel apiñado tropel de hombres hasta el punto de distinguir Pizarro que algunos de sus compañeros se dirigian hácia las andas que sostenían á Atahualpa. Esforzando su voz para que no lo hiriesen, se abrió paso hasta allí á la cabeza de sus rodeleros, asió al Inca de la manga de su vestidura, le hizo venir á tierra, y con la dispersion de los pocos indios que aun permanecían á pié fir-



me hubo término aquella jornada. Una leve herida recibió Pizarro de uno de sus rodeleros al tender el brazo para apoderarse del Inca, y este fué el único incidente adverso á los españoles.

Nos abstenemos de calificar por ahora la conducta de estos en Caxamalca: insinuando solo de paso y á riesgo de ofender la susceptibilidad de los que profesan el oficio de filántropos de bufete, que nuestra razon se opone de una manera irresistible á simpatizar con millares de indios que, despues de hacer alarde de poder y de fuerza y de emplear el ardid del artificio y el language de la amenaza,

se dejan atropellar en campo raso por ciento sesenta mortales, y que, dotados de brioso empuje para derribar paredes en la fuga, carecen de fortaleza y de bizarría para arrollar á sus enemigos en la batalla.

Lejos de escasear Pizarro miramientos y atenciones á su cautivo le prodigaba continuas é inequívocas muestras de veneracion y de cortesía, asegurándole que le manifestára lo que fuese de su agrado y se haría segun su deseo. Le servían mas de cinco mil indios, vírgenes del sol y hombres principales, y á excepcion de su libertad, no faltaba requisito á la brillantez de su corte. Ofre-

cia singular contraste con su resignación al desconsuelo de sus vasallos, á quienes decía para enjugar su triste lloro:—*Uso es de guerra vencer y ser vencido*; nuevo comprobante de que Atahualpa no podía, ni quería, ni debía vivir en paz con los que se metían osadamente por sus tierras, y de que al dirigirse á Caxamalca figuraba como engañador y no como engañado. Una frase análoga á la sabida máxima:—*No vive mas el leal de lo que quiere el traidor*, hubiera correspondido á la discreción y dignidad atribuidas á Atahualpa por sus numerosos panagiristas, transmitiendo además á las generaciones futuras limpia de toda mancha la sinceridad de sus pacíficas y amistosas protestas.

Realizáronse en mucha parte los ensueños de opulencia de los españoles con el botín hallado en el campamento del Inca: este imaginó satisfacer con exceso la pasión que les oprimía arrastrándoles á climas tan remotos; y bajo la condición expresa de que le restituyesen su libertad propuso llenarles de oro el piso del aposento donde moraba hasta la altura de tres varas y dentro del plazo de dos meses. Admitida la propuesta despachó Atahualpa avisos por toda su tierra con el fin de juntar en Caxamalca el precio de su rescate. Cundía poco el tesoro allí amontonado y conducido desde enormes distancias, y esto inducía á los españoles á sospechar que la intención de su cautivo fuese ganar tiempo hasta que sublevados los indios le redimiesen con el estorpio de sus audaces adversarios. Bastara tal vez á calmar todo recelo la medida de enviar á Hernando de Soto y á Hernando Pizarro á los puntos de donde llegaban las porciones de oro, á pesar del aparato hostil de Chialiquichama, jefe de 25,000 hombres, y de hallarse despojado de sus mejores riquezas el templo de Pachacamac, cedido al gobernador por Atahualpa, á no haber empeorado la situación de este al punto de hacerla desesperada sucesos no previstos.

Mañoso Hernando Pizarro redujo á Chialiquichama con promesas y seguridades llevándole en su compañía á Caxamalca. Por la desaparición de la plata y oro de Pachacamac se colige que el Inca no era tan rigurosamente obedecido como se obstinan en suponer algunos historiadores modernos, y que si contradecían su voluntad los indios ocultando el oro, que debía servir para rescatarle, mas fácil parecía que la quebrantaran arrojándose á la pelea á fin de rendirle nuevo homenaje después de restaurado su trono. En tal estado Atahualpa se hizo reo de un atroz delito. Su hermano Huascar mas legítimo, si menos afortunado, había caído en poder de sus capitanes, quienes le conducían á su presencia; temeroso el Inca de que los españoles se declarasen defensores de la justa causa del vencido, resolvió darle muerte, no sin emplear el afrentoso artificio de fingir llanto y pesadumbre aun antes de fulminar la sentencia, por ver el efecto que haría en Pizarro después de ejecutada; y solo cuando pudo cerciorarse de que el gobernador no le achacaba complicidad alguna en aquel accidente, y de que le atribuía á azares de fortuna, frecuentes en civiles contiendas, puso en práctica su cruel y tiránico pensamiento, condenando á Huascar á morir ahogado en el

rio de Andamarca y abandonándolo á la corriente para que su cadáver quedara inscrito. Colérico en sus últimos momentos por la ruin conducta de su implacable é infame hermano, es fama que invocando á cielo y tierra apeló de tamaño desafuero á la venganza de los españoles. Bajo este punto de vista se podría considerar como providencial la llegada de Diego de Almagro á Caxamalca con la investidura de mariscal y la asistencia de oficiales de nombradía. Habiendo atravesado sin zozobras ni inquietudes el país recorrido meses antes por sus compañeros en medio de sobresaltos y peligros, aparecían allí al tiempo en que el oro reunido iba ajustándose á la codicia de aquellos, entre quienes debía repartirse, y aspiraban á tener igual participación en el reparto. De esto se originaban impacientes reclamaciones y serias discordias: urgía prestarlas oído y apaciguarlas para hermanar en lo posible voluntades que debían seguir un mismo rumbo, y establecer armonía entre soldados que habían de militar bajo la propia bandera, y todo mientras cundían rumores de hallarse preparado un levantamiento de indios contra sus opresores. No hubo mas recurso que hacer lo que pedían en unánimes voces las gentes del gobernador y del mariscal, distribuyendo al punto el oro hacinado en Caxamalca, del cual cupo buena porción al mas ínfimo soldado, y eso que todavía no era suficiente á completar el rescate.

Nuevo y perentorio y mas dificultoso empeño ofrecía después de repartido el tesoro la persona de Atahualpa. Tan impolítico hubiera sido restituirle su libertad, como arriesgado mantenerle en cautiverio á no ceder en la demanda de la conquista; espediente mas obvio y oportuno parecía enviarle á España con Hernando Pizarro, de quien todos habían como de su especial valedor y patrono y amigo (1): así pudieran haberse conciliado la humanidad y la justicia con la política y la conveniencia, pues desvaneciéndose temores de revueltas seguras, si Atahualpa se volvía á ver libre en medio de sus indios, y no habiendo necesidad de destinar á la custodia del Inca, por no continuar prisionero, parte de las escasas fuerzas, que al fin debían medirse con sus numerosos vasallos en campales batallas, no oscureciera en lo mas mínimo un acto de crueldad el lustre de tan insignes proezas.

No falta quien suponga que al empeñar Francisco Pizarro su palabra de poner en libertad al Inca apenas se reuniese la suma convenida por el rescate, lo hizo con firme propósito de no cumplirla y cortar el hilo de su existencia. Tal aserto cuenta como único apoyo la autori-

(1) Atendida esta circunstancia, de que hacen mención cuantos han escrito de la conquista del Perú, no es fuera de propósito advertir que al narrar la jornada de Caxamalca, á que puso término la prisión del Inca hemos consultado el texto de la carta escrita por Hernando Pizarro á los oidores de la Audiencia de Santo Domingo, conforme en la esencia con todas las relaciones contemporáneas de aquel suceso; y atendidos á lo que resulta de sus minuciosos pormenores le prestamos fé y nos parece irrecusable, bien considerado que á la salida de su autor con rumbo á Europa se atribuye en gran manera y no sin fundamento el trágico fin de Atahualpa.

dad del que le aventura, desentendiéndose de documentos donde consta que de las filas de Almagro sabían casi á un mismo tiempo la idea de acelerar la distribución del tesoro ofrecido y todavía incompleto, y unánimes gritos de muerte contra Atahualpa. Y es bien fácil explicar esta conducta; favorecidos los recién llegados con una pequeña parte de la perteneciente á sus camaradas, y no pudiendo aspirar á mayores beneficios, en tanto que las circunstancias no les invitiesen de iguales merecimientos, interés suyo era desembarazarse en breva del estorbo que á ello se oponía. Muerta el destronado Monarca habían de salir al descubrimiento de otras tierras y saciarían su codicia mas y mas excitada á la vista de las riquezas allegadas por los compañeros de Pizarro, de los cuales tomaron algunos la vacía de Europa, ya satisfechos de su propicia suerte y anhelantes de gozar reposo en compensación de sus fatigas, tranquila gloria por premio de sus eminentes servicios, y tras la miseria del aventurero la holgura del hombre acaudalado.

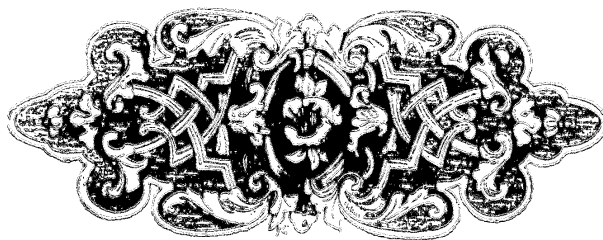
Falsos ó ciertos propagábanse por las yanaconas rumores de movimientos sediciosos: prescribía el gobernador doble vigilancia en la custodia de su imperial cautivo y reducía á prision á su capitán Chialiquichama. A los incesantes clamores de la gente de Almagro se unía la voz de los oficiales reales y con particularidad la del tesoro Riquelme, quien hacia valer para el logro de sus ardorosas gestiones hasta el ascendiente de su empleo. Parecía inminente una escisión lamentable y peligrosa entre los españoles, y á fin de prevenirla se hubo de someter Atahualpa á un proceso absurdo á todas luces, ridicula paródia de los trámites y formas judiciales, manifiesta burla de todo lo legal y visible escándalo de todo lo equitativo. Se hicieron figurar como cargos capitales la inícuca muerte dada á Huascar de orden del acusado y la conjuración urdida contra los españoles: Felipillo, á impulsos de ruin venganza y por desdenes de una esposa del presunto delincuente, torcía en su daño las declaraciones de los testigos: un ministro del Evangelio estampaba su firma al pié de la sentencia de muerte, instando despues al reo en su tránsito al suplicio á recibir las aguas bautismales: así el fanatismo convertía la piedad cristiana en escarnio hácia el infortunio, y mezclaba los

acentos consoladores de la clemencia divina con la implacable y aterradora voz de la justicia humana, obstinándose en infiltrar á través de las congojas de la agonía el júbilo puro y santo, inseparablemente unido al Sacramento que nos abre las puertas de la mansion celeste.

Amenazados con la nota de desleales tuvieron que enmudecer muchos españoles, movidos á lástima por la desventura de Atahualpa hasta el extremo de intentar apelacion de la sentencia ante el Emperador Carlos V. Es evidente que de la hueste de Pizarro procedían tan nobles sentimientos: lo demuestran todos los escritos de la conquista, presentando á los compañeros de Almagro como enemigos del Inca por su interés y desde su llegada: ningún suceso habia acaecido que modificara sus pareceres á la hora de transformarse en fallo judicial su esplicito deseo: solo con la aprobacion del mayor número se podía ejecutar tan atroz sentencia, y el mariscal habia llevado á sus órdenes mas gente de la que reunía el gobernador dentro de Caxamalca. Para los de Pizarro era la persona del cautivo un manantial de riquezas casi inagotable, y los de Almagro no podían saciar su devorante sed de oro mientras no exhalara el Inca su postrer suspiro. Asentar que estos se resignaron á percibir no mas de cien mil ducados de lo correspondiente al rescate de Atahualpa, bajo la condicion de que se habia de decretar su muerte, seria una conjetura con toda la verosimilitud, probabilidad y certeza de un hecho.

Discusiones mas hondas y de mas difícil transacción produjo despues la falta de unidad en el mando: sin la concurrencia de dos gefes, amigos en el fondo y rivales por fin á fuerza de sugestiones, rencillas y asechanzas de sus propias gentes, podía considerarse terminada la conquista, una vez muerto el Inca y trastornado por su base el imperio del Cuzco. Juntos hasta entonce, hijos de un mismo suelo, habían trepado con su impavidez y arrojo á la cumbre de la gloria; divididos iban á socavar con el estallido de sus armas y el encarnizamiento de sus lides un profundo abismo, de tantos héroes sepultura, acabando en sangriento drama lo que tuvo principio de magnífica epopeya.

A. FERRER DEL RIO.





(Vista del Monasterio de San Pedro de Cardena.)

EL MONASTERIO DE S. PEDRO DE CARDEÑA.

Andadas dos leguas al S. E. de la ciudad de Burgos, hay una garganta formada por dos eminencias, que se prolongan de Norte á Mediodía y en cuyo centro se halla el Monasterio de San Pedro de Cardena. Su celebridad tiene tan íntima conexi6n con la del Cid, que no puede acreditarse la una sin venir en conocimiento de la otra. Mil rasgos de caballerismo, mil anécdotas curiosas, inventadas en su mayor número por los cronistas y romanceros del país, concurren á promover el interés histórico de aquel respetable edificio. Como si la naturaleza hubiese pretendido realzar la gravedad de su aspecto, luego que viene la estacion de las flores engalana su contorno con la mas risueña vejetacion, con la mas pintoresca perspectiva.

El forastero, que se aproxima á gozar de sus encantos

encuentra la agradable impresion de una frescura deliciosa, producida por la sombra de corpulentos nogales, de frondosísimos chopos, de robles y de fresnos. Vé brillar á su paso una multitud de flores aromáticas, madreselvas, sauces y plantas reptantes, que, enroscándose por el tronco de los árboles, suben á confundirse en el espeso ramaje de sus elegantes copas. Sin que la mano del hombre haya entorpecido en el espacio de muchos años el curso natural de aquellas producciones, estas se han ido multiplicando, creciendo con entera libertad y adquiriendo por consiguiente mas vigor y lozanía. Cada primavera siembra nuevos esposillos, despliega nuevos toldos sobre aquellas alfombras de menudo y apretado césped, cuya indefinible fragancia mezcla á vuestra respiracion la suavidad y el deleite. Numerosas colonias de

pejarillos revolotean á través de la espesura, interrumpiendo con dulcísimos acordes el silencio de la soledad. Atraviesa el valle un arroyito, que formando pequeños cascadas, ó esparciendo á sus orillas algunas hebras de su cristalino manantial, riega una yerba siempre verde aterciopelada y hermosa.

Cuanto mas aquel sitio se recorre, mas placer se experimenta. La imaginación ansiosa de satisfacer completamente sus gozos, abstrae al entendimiento, le subyuga con una especie de éxtasis que no puede expresar el mismo que le siente; porque el afán de ver los objetos le hace incapaz de examinar sus impresiones. Allí respira el corazón con desahogo: se olvidan los cuidados domésticos, el trato ceremonioso, las penosas exigencias de la sociedad. Allí vuelve por decirlo así á reengendrarse el hombre en su estado primitivo, y hasta le repugnan esos intereses en que estriba la ley, que le sujeta á vivir entre sus semejantes.

No es extraño que, halagados por tamañas ventajas, escogiesen para su morada los hijos del yermo tan apacible retiro. La fábrica del edificio en que vivieran corresponde al estilo del siglo XVII, y contrasta con los recuerdos que al hombre pensador escita la idea de su remota fundación. Nada encontrará, sin embargo, suficientemente probado acerca de ella. Cada historiador la señala una causa conjetural, siempre faltos de testimonios positivos: empero se la atribuye generalmente, porque así lo han asentado muchos, á la súbita muerte que padeció el infante de Italia Teodorico, cerca de donde está edificado el Monasterio, á resultas de haber bebido agua muy fría, para templer la ardorosa sofocación, que en él había producido el ejercicio de la caza; añadiendo que su madre la Reina Doña Sancha hizo perpetuar la memoria y sitio de aquel infausto suceso, mediante una casa de ascetas, que bajo la advocación de San Pedro Apóstol destinó á los regulares de San Benito en el año de 537. Jamás inculcaremos nosotros la pretensa certidumbre de esta especie, pues que desde el año en que se supone ocurrida la muerte de Teodorico, hasta fines del siglo IX, ningún documento histórico fidedigno hay que la confirme. El P. Berganza y otros escritores interesados como él en exagerar la antigüedad del Monasterio de Cardena, defienden que fué el primero de patronato Real, que los Benedictinos poseyeron en España; pero caían al mismo tiempo las sólidas razones con que los críticos contrarrestan su opinión. El testimonio de los sepulcros, que de tiempo inmemorial existen en aquella iglesia, pertenecientes, según sus inscripciones, á Doña Sancha y á su hijo Teodorico, tampoco suponen una autoridad absoluta, mientras no sea dado averiguar si esos señores fueron Reyes de Italia, y si aun concediendo que lo fuesen, vinieron á Castilla alguna vez.

Diverjentes los apologistas de Cardena en la narración de los acontecimientos, que precedieron al siglo IX, confirman todos unánimes el martirio que sufrieron los doscientos monjes de que se componía aquella comunidad en el año de 872. Sabiendo su director San Esteban que una cohorte de sarracenos andaba talando los campos, incendiando pueblos y ejerciendo horribles actos de bar-

barie con los cristianos que caían en su poder, exhortó á todos sus compañeros á recibir imperturbables la muerte, antes que mostrarse acobardados en presencia de sus perseguidores. Bramando de cólera llegaron estos al convento y comenzaron á reñir sus alflanges en la sangre de aquellas víctimas, desgarrando inhumanamente sus carnes y tarascando sus entrañas con un diluvio de flechas. Pasaron despues á registrar el erario; pero resentida su avergüenza de no haber encontrado los tesoros con que juzgaba saciarse, prendieron fuego al Monasterio y continuaron su camino para Córdoba.

Habiendo circulado esta nueva por los lugares vecinos acudieron á cerciorarse muchos fieles, y sepultaron en una zanja los cadáveres, que yacían desparramados por el suelo. También tuvieron la advertencia de escribir una corta pero circunstanciada relación del martirio de los monjes, la cual se vé actualmente trazada á la puerta de su capilla, y dice así:

ERA D. CCC. LXXII. IIII. F. VIII. IDUS. AG. ADLISA EST
CARADIGNA, ET INTERFECTI SUNT IBI PER REGEM
ZEPHAN CC. MONACHI DE GREGE DOMINI IN DIE
S. S. MARTIRUM JUSTI ET PASTORIS.

Desde esta época empiezan á testificar las escrituras de Cardena los privilegios y mercedes con que le han favorecido nuestros soberanos, y principalmente el Cid su mas insigne bienhechor. Desterrado por D. Alonso VI de los dominios sujetos á su corona, creyó que lo mas conveniente para entrar de lleno en el espinoso cargo de conquistador era segregarse del cuidado que le pudiera ocasionar la compañía de su esposa Doña Gimena y sus dos hijas débiles por rason de su sexo, incompatible hasta cierto punto con los trabajos de la vida militar. El Monasterio de Cardena, restaurado ventajosamente despues de la mencionada catástrofe por el Rey D. Alonso III de Leon, tenia suficiente localidad para hospedar muchas personas ademas de las domiciliadas en él. Rodrigo comunicó al Abad San Sisobuto la satisfaccion y confianza con que le dejaria encomendada su familia, y accediendo gustosa la comunidad á sus deseos marchó al frente de tres mil infantes y cuatrocientos caballos hacia el castillo de Castrejon, en donde segó la primera palma de las innumerables con que sucesivamente fué tejiendo su corona, hasta completarla sobre las márgenes del Turia. Animado el gran adalid de un valor incontrastable, era enmedio de las huestes enemigas el rayo de la devastación, el anatema fulminado por el cielo. La llama de la religión, fomentada dentro de su pecho por el honor nacional, inflamaba sus venas, enardecía fuertemente su sangre pronta á lavar la torpe mancha con que profanaba nuestras aras el infiel. No obstante; su dureza é intrepidez como guerrero, eran modelos de sensibilidad y de dulzura como padre y como esposo. Los estímulos de la naturaleza inclinaban su corazón á la memoria cariñosa de Doña Gimena y de sus hijas cuando mas enfervorizado peleaba, como inclinaban hacia la fuente del desierto los ombravocidos aires las ramas del árbol, que la sirven de parasol. Costosísimas joyas, magníficos presentes enviaba desde el campo de batalla al Monasterio de San Pedro

de Cardena, y de tal suerte le quedó aficionado que, cuando se sintió acometido de su postrera enfermedad, dispuso que se enterrase en él su cadáver, como se verificó transportándole desde Valencia con el respeto y aparato propios de un emperador. Doña Gimena no abandonó la tumba del héroe durante los breves años de su angustiada viudez. Anegada en lágrimas continuamente, imponiéndose vigiliat repetidas y anhelando dejar un mundo que tan pocos atractivos la ofrecía ya, logró por último descansar bajo la losa fúnebre de su esposo, que se hallaba colocada en medio de la iglesia. D. Alonso el Sábio hizo mudar este sepulcro al lado de la epístola; pero como el año de 1447 derribaron la iglesia para darle mas amplitud y solidez, removieron todos los sepulcros y colocaron el del invicto conquistador enfrente de la sacristía, descansando sobre cuatro leones. Vieron mas adelante que servía de estorbo para el servicio del altar, y le arrimaron á la pared del lado del Evangelio, observando la mayor reserva á fin de que no se divulgase la noticia de esta tercera traslación. Informado, sin embargo, de ella D. Pedro Fernandez de Velasco, Duque de Frias y Condestable de Castilla, dió aviso al Emperador Carlos V, que residía á la sazón en Flandes, suplicándole en nombre de la ciudad de Burgos se sirviese mandar al Abad de Cardena que volviese el sepulcro del Cid y su esposa al sitio que anteriormente ocupaba, por ser mas decoroso y honorífico. El Emperador correspondió á esta solicitud, y por medio de real provision fechada en 11 de Julio de 1541 hizo que el espresado sepulcro volviese á aparecer en medio de la nave mayor, segun permaneció hasta el año de 1736, en que con facultad de Felipe V se mudó á una capilla nueva destinada para panteon de los Condes y esclarecidos personajes que mas abajo nombraremos.

Cualquiera que se halle orientado en las consideraciones que de todos los soberanos españoles ha merecido el Monasterio de Cardena, desde que se hizo depósito de mártires y sepultura de Rodrigo de Vivar y su familia, se imaginará un edificio suntuoso, cual corresponde al grado de nobleza que entre todos los de su orden le distinguen. Aperebidos de este supuesto hemos procurado corroborarle, manifestando en el adjunto grabado la vista principal que corresponde á la parte de Occidente. Desprovista de adornos artísticos, solo se advierte en el frontispicio central una imagen ecuestre del Cid, las armas de Castilla y Leon, y unos rostros esculpidos al lado de los blasones de Cardena. Las elicies del campador, la de D. Alonso III, el ámbito y embovedado de la iglesia como obras del siglo XV, y mas que todo las dimensiones gigantescas de los numerosos departamentos, que comprende el Monasterio en general, ocupan la atencion y la recrean; pero sin mostrarnos otros vestigios de su primera fábrica que unas columnillas (dignas por ello de estudiarse) empotradas en la pared perteneciente al claustro de los mártires. El ornato de los sepulcros reunidos en la capilla de San Sisebato es de mal gusto. Designa cada cual de ellos una lámina colocada simétricamente en la pared, que contiene ademas del epitafio las armas de la persona que allí yace. Aislado en el centro se vé

el lucillo del Cid, desmantelado y vacío por haber sido exhumados sus venerables despojos en Junio de 1842 y trasladados al consistorio de Burgos, como *asilo impetrable á la curiosidad pública*. Poco mérito artístico presenta el espresado monumento. Cuando los soldados de Napoleon colocaron con la admirable reverencia (que otro día publicaremos para que sirva de recuerdo á los *entusiastas burgaleses*) los huesos del Cid en un vistoso mausoleo que erigieron á las orillas del Arlanzon, frente á la plaza de Burgos, fracturaron los bultos yacentes sobre su sepulcro de Cardena y quedaron truncadas algunas inscripciones. Entre ellas se salvó esta, que compuso al efecto D. Alonso el Sábio:

BELLIGER INVICTUS, FAMOSUS MARTY TRIUMPHIS
CLAUDITOR HOC TEMPLUM MAGNUS DIDACI RODERICUS.
OBIIIT ARA M.C.XXXVII.

Alrededor hay muchas armas y trofeos y en su base los versos siguientes:

QUANTUM ROMA POTENS BELLICIS EXTOLLITUR ACTIS,
VIVAX ARTHURUS FIT GLORIA QUANTA BRITANNIS,
NOBILIS E CHAROLO QUANTUM GAUDET FRANCIA MAGNO,
TANTUM IBERIA DORES CID INVICTUS CLARET.

No son menos pomposas las espresiones que antiguamente se leían en la pared inmediata al sepulcro del Cid y que deberian haberse reproducido en el actual por su sonora cadencia y lenguaje persuasivo de los tiempos feudales. Suponiendo que Rodrigo dirigia la palabra á cuantos visitaban su tumba, estaban redactadas de este modo:

Cid Rui-Diez sé, que yago aquí encerrado, é venci al Rey Bucar con treinta y seis reyes de Paganos. Estos treinta y seis reyes los veinte y dos murieron en el campo. Vencilos sobre Valencia, después yo muerto encima de mi caballo. Con esta son setenta y dos batallas, que yo venci en el campo. Gané á Colada, é á Tizona (1), por ende Dios sea loado. Amen.

La corta estension de un artículo no permite hacer difusas las narraciones. Terminaremos, pues, la nuestra copiando los epitafios que hacen singularísimo honor al Monasterio de San Pedro de Cardena.

Al lado de la Epístola.

Fernan Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro, nieto del Conde Fernan Gonzalez.

Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid.

Alvaro Alvarez, sobrino del Cid.

(1) Sus dos espadas. La Colada se llevó á la Armería Real de Madrid. Tiene una cruz por la empuñadura; en una parte grabadas estas letras St. St., y en la otra No. No. La Tizona tiene de largo tres cuartas y media, y de ancho tres dedos cumplidos por la empuñadura, y vá en disminucion hasta la punta. En la canal cerca del pomo se vé este letrero de caracteres romanos: *Aos gratta plena Dominus*; y en el otro lado dice: *Yo soy la Tizona que fui fecha en la Era de MXX, que es año de 1002*. Los Marqueses de Falces tienen vinculada esta espada en su mayorazgo.

haber sido
no de 1842
asilo impo-
to artístico
los solda-
reverencia
le recuerdo
Cid en un
Arlanzón,
bultos ya-
laron trun-
salvó esta.

NPHIS
ERICUS.

su base los

R ACTIS,
ANNIS,
LA MAGNO,
IET.

ne antigua-
cro del Cid
ual por su
s tiempos
palabra á
las de este

o, é venci
Paganos.
murieron
yo muer-
nta y dos
á Colada.
o. Amen.

nte hacer
la nuestra
honor al

nieto del

ria lical de
parte gra-
zona tiene
cumplidos
nta. En la
romanes
fo soy la
de 1002.
en su ma-

Doña Juliana, hija de Anton Antoliner de Burgos y mu-
ger de D. Fernando Diar.
El Conde D. Pedro, hijo del Conde Fernan Gonzalez,
hermano del Conde Garci Fernandez.
D. Nuño Alvarez de Lara.
Hernan Cardena, Caballero del Cid.
Doña Teresa, muger de D. Diego Lainex, hija del Con-
de D. Nuño Alvarez, madre del Cid.
Ordoño, sobrino del Cid.
Martín Pelaez, el Asturiano.
D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid.
Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid.
D. Diego Rodriguez, hijo del Cid, al cual mataron los
moros en la hacienda de Consuegra.

Al lado del Evangelio.

Gonzalo Nuño, hijo del Conde D. Pedro, nieto del Con-
de Fernan Gonzalez.
Pedro Bermudez, sobrino del Cid, y su capitán.
Martín Antolinex, sobrino del Cid.
D. Bermudo Sandinez.
Lain Calvo, primer Juez de Castilla.
D. Gomez de Gormar.
Fernando Alonso, sobrino del Cid.
D. Diego Lainex, padre del Cid.
Doña Fronilde, hija del Conde Fernan Gonzalez.
D. Alvar Fañez Minaya, primo del Cid.
D. Ramiro, Rey de Leon, hijo del Rey D. Alonso el
Magno.
Doña María Sol, Reina de Aragon, hija del Cid.
D. Sancho, Rey de Aragon.

Cerca del altar mayor se advierten cuatro epitafios.

1.º REGINA CATHOLICA DOÑA SANCTA THEODORICI
ITALIE REGIS CONIUX, PRIMA QUAE MONACHUS IN IER-
USALYM VOCLIVIT ET HOC CONSTRUXIT CORROBIV. OBIT A. E.
D. LXXX.

2.º THEODORICUS INFANS SANCTAE REGINAE FILIUS HIC
ET OBIT ET CONDITUS EST, SIMULQUE CONROBIV CON-
STRUCTUM. A. E. D. LXXXV.

3.º AQUI YACE GARCI FERNANDEZ, CONDE DE CAS-
TILLA, HIJO DEL GRAN CONDE FERNAN GONZALEZ. FINO
A. E. M. XXXIII.

4.º AQUI YACE LA CONDESA DOÑA AVA, MUJER DEL
CONDE GARCI FERNANDEZ Y NIETA DEL EMPERADOR
D. ENRIQUE.

Entusiastas y merecidos elogios á los héroes de
nuestra patria llenan las paredes de aquel templo, im-
pregnadas de una majestad que conmueve el espíritu y
le hace fluctuar de sensación en sensación, de pensa-
miento en pensamiento. La soledad, profundamente dor-
mida sobre las losas de aquel misterioso recinto, no oye
la patética voz del asecto, que suspiraba por la venida
de la aurora, ó entonaba los himnos melancólicos de
Thebas, ó las plegarias que resonaran otro tiempo en las
sinuosidades de Monte-Casino. Mas... ¿Qué impor-
ta? No se han borrado por eso las bellezas de la
vida contemplativa: no ha perdido sus armonías el
desierto, ni su poético lenguaje la religion que na-
ció en él. Si el hombre que examina sus verdades junto
á las márgenes del estanque solitario no viste la hoga-
landa monacal, piensa á lo menos, crece, medita, y
puede participar de los dulces ratos que encantaban á
los piadosos habitantes de la selva de Mortain. Una nota-
ble diferencia existe entre los dos. El primero se inspira
con las glorias de sus antepasados, representadas viva-
mente en las piedras de los monasterios: el segundo
disfrutaba de las inefables delicias, que brotan del sen-
timiento religioso, mientras la fúnebre campana hacia
desde las alturas un continuo remede de las últimas ago-
nias, que preceden á la muerte de los héroes, y arrojan
las cenizas de su orgullo á la caverna de la consunción.

RAFAEL MONJE.

UN CUENTO DE PESCADOR.

Hallábame yo no hace muchos años en la pequeña is-
la de Jersey, en aquella edad única verdaderamente feliz
de la existencia del hombre; edad que pasó soñando en
una patria que no conocía, y en ilusiones que á fuerza
de desengaños habían de disiparse, como el humo con
los recios vendabales. De carácter activo y robusta na-
turalera, trataba de dar tregua á mis ideas dedicando á la
caza y á la pesca todos los ratos que me era dado robar
á mis estudios y ocupaciones. El mar era entonces mi
placer favorito. ¿Cuán sublime se ofrecía su aspecto

á mi vista! ¿Cuán grato á mis oídos era el trueno de sus
rompientes! ¿Con cuanto placer me sentía llevar por sus
ondas embravecidas!

De todas las pescas en que solía pasar el tiempo con
mis amigos, ninguna tan alegre y apetecida como la de
la anguilla de arena, pequeño y delicadísimo pescado de
un pie de longitud y grueso como un junco de bamboa.
En las aguas vivas de otoño y primavera nos reuníamos
en algunas de las pintorescas ensenadas de la isla, y si-
guendo el descenso de la marea hasta su término y fin,

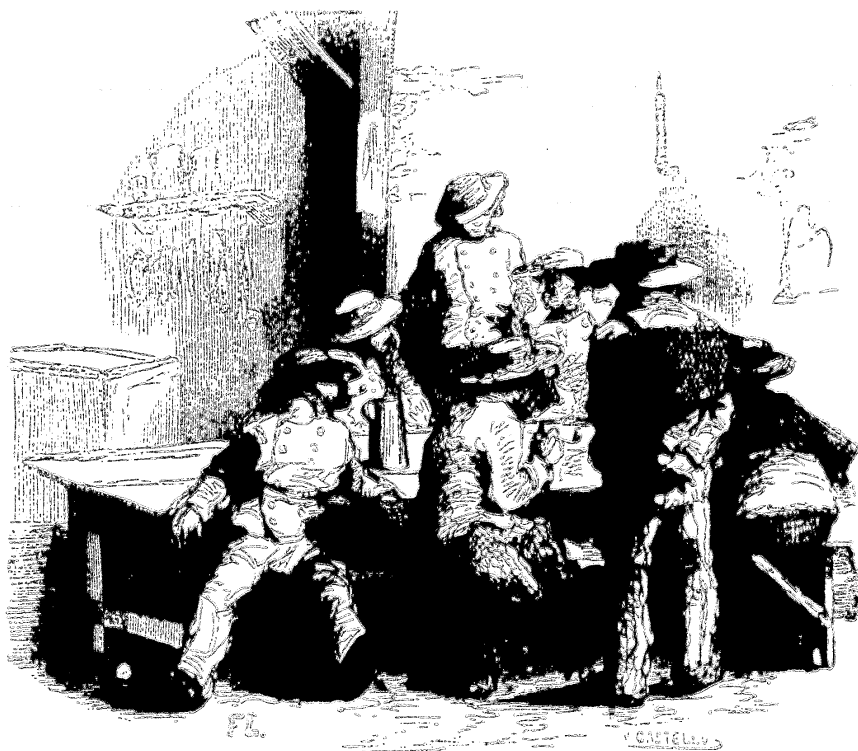
dábamos principio á nuestra diversion en los bancos de arena, secos á la sazón, pero cubiertos en cualquiera otra época del año con no pocas brazas de agua.

En Jersey, como en todas las regiones del Norte, son las mareas muy sensibles; pero en las referidas épocas, baja y sube el nivel de la mar de un modo desconocido en latitudes meridionales. Rodeada la isla de escarpadas y peligrosas rocas sembradas sobre estendidas llanuras de fina arena, suelen las aguas retirarse mas de una legua de la tierra, para volver á subir con una rapidéz tal que en algunos puntos iguala al paso acelerado del hombre.

En estos dias bajan pescadores y aficionados á los postreros charcos descubiertos por el mar en su retirada, y bien á la luz de la luna, bien con el auxilio de una linterna, pescan en ellos, y en breves instantes considerable número de la *anguila pequeña de arena*. Armados todos de una hoz desgastada y casi derecha cuya estremidad tuercen en forma de cayado; con una cesta de mimbre

á la espalda, y singular destreza en su oficio, empiezan á arañar la arena andando hacia adelante, con el cuerpo inclinado, y manejando con rapidéz el hierro que arroja mas ó menos pescados á derecha é izquierda. Fácil es apoderarse de ellos si caen en seco; pero si lo contrario sucede, parten por el agua como flechas de plata herida por los rayos de la luna y vuelven á enterrarse en el fondo de aquellos arenales. Esta circunstancia, las carreras de los novicios tras aquellas sombras plateadas, y la prontitud indispensable en tan vivísimo ejercicio, prestan grande animacion á aquel entretenimiento. Este dura hasta que la voz de algun pescador anciano se deja oír anunciando la vuelta ó flujo de la marea, y corriendo este avise por la playa, todos toman á buen paso el camino de la tierra firme, sin detenerse un instante, ni volver la vista para contemplar aquellas rocas agudas que, á la dudosa claridad de la noche, parecen un ejército innumerable de sombras y fantásticas visiones.

En la época referida al principio estas líneas, y en



una noche de otoño, llegamos varios amigos á una choza pobre y miserable situada en la punta de la Hague, desde la cual se divisa á lo lejos el antiguo castillo normando de Mont Orgueil. Era el punto de reunion acostumbrado de los pescadores de la anguila de arena. El dueño de aquella humilde morada, que también tenía su barqui-

chuelo y sus redes, hacia para estos dias extraordinario alasto de aguardiente y otras bebidas espirituosas que vendia con provecho á sus parroquianos. Estos se reunian con anticipacion en un cuarto bastante grande del único piso, cuyas paredes, ennegrecidas por el humo, estaban colgadas de numerosos trozos de pescados sala-

dos. En un rincón la inmensa chimenea; junto á esta un montón de algas secas que quemán por lo general los naturales de escasa fortuna; en otro ángulo había una especie de mostrador y detrás de él una docena de vasos, varios jarros de loza, y algunos barrillitos pintados y rotulados; paralelas con los demás lienzos de pared se veían dos mesas largas y angostas con sus bancos correspondientes pintados de encarnado, y toda la estancia se iluminaba con dos velas de sebo, que uniendo su escasa luz al triste resplandor de la lumbre, daban al todo un aspecto singular é imponente. Miradas á esta claridad las atezadas fisonomías que allí se reunían, se creía estar viendo los enérgicos originales de Rembrandt ó de Rivera.

A pesar de habernos anticipado bastante á la hora en que empezaba el reflujo, con el objeto de tomar en aquella choza un rato de descanso, ya hallamos reunidos en ella á muchos pescadores y algunas mugeres. Entramos dentro y vimos á unos ocho ó diez hombres sentados en derredor de las mesas, fumando grave y silenciosamente sus pipas, y bebiendo sendos vasos de *grog*. Íbamos todos vestidos como marineros de profesión, pero sin duda habieron de conocer bien pronto que solo lo éramos de *agua dulce*, pues con la franqueza propia de hombres de mar, y que tan rara es en las demás clases de la sociedad inglesa, nos dirigieron inmediatamente la palabra.

—Buenas noches, *añoritos*, dijo con voz ronca el que parecía ser el decano de aquel gremio. Temprano se viene á la pesca.

—No tanto, contesté yo, cuando ya encontramos aquí á los maestros.

—Hemos determinado venir hoy una hora antes para beber un vaso de extraordinario y fumar un par de pipas con quietud, replicó el viejo. Si VV. quieren beber alguna cosa, pídanla que aquí está quien lo paga.

—Gracias; no somos bebedores.

—Cosa rara en marineros como VV. dijo el mismo con cierta sonrisa maligna á que correspondieron por un instante todos los demás compañeros suyos.

Con esto quedó cortada la conversacion por algunos minutos, hasta que después de brevísimas frases, nos dijo un nuevo interlocutor.

—Preciso es que tengan VV. cuidado hacia donde dirigen su rumbo, porque infinitas personas no han podido llegar á puerto seguro en esta costa. Muchos son los que se han ahogado en ella por imprudentes, ó por demasiado confiados.

—Ya lo creo, exclamó el que antes nos había dirigido la palabra, algunos pescadores de profesión he visto yo morir en esta pesca.

—No somos tan novicios, contestó uno de mis amigos; y además todos somos buenos nadadores.

—¡Ay! joven, dijo el pescador, de que poco sirve nadar cuando hay rocas como dientes de pescado contra que romperse las espinillas! En alta mar ó en la bahía de Saint Aubin, bien; ¿pero aquí? Vaya, vaya. Si yo les contare algunos de los lances que he presenciado... si

refiriese uno solo que sucedió hace muchos, muchos años en el mismo terreno por donde vamos á pasar... Bien que aquello fué de otra especie; pero fué terrible, terrible. Jamás olvidaré aquella noche, ni á mi pobre amigo Tom.

Estas palabras dichas con cierta emoción brusca y una expresión extraña de naturalidad, hubieron de producir tal efecto sobre los que las escuchábamos, que permanecimos contemplando con asombro al que las había pronunciado. Muy luego, empero, rompimos varios el silencio para suplicar al anciano nos refiriese el acontecimiento cuya memoria tanto le conmovía.

—Mejor quisiera, si VV. gustan, no hablar de ello, contestó, porque me entristecería para toda la noche.

—No importa, gritamos todos á una. Algunos vasos mas de *grog* lo compondrán todo, y pues tenemos aun cerca de una hora, es necesario emplearla en oír una historia que debe ser excelente.

—Buen hombre, dijo al dueño de la choza, traiga V. tres ó cuatro cuartillos de aguardiente, algunas pipas y tabaco, para irnos preparando á oír el cuento.

Convencido por este último argumento, se dispuso el buen marino á complacernos mientras se llenaban los vasos y se cargaban las pipas. Echó cuatro ó cinco bocanadas de humo con gravedad; escupió y avivó el fuego de su pipa con la punta callosa del índice; limpióse los labios con el revés de la mano, y sin dejar de fumar dió principio en la forma siguiente á su verídica historia.

«Hice mas de cuarenta años, cuando yo era muchacho, que no entendía nada de pescar, aunque me gustaba como al primero todo lo tocante á la mar. Tenia entonces un amigo á quien amaba como hermano, y nunca nos habíamos separado desde nuestra niñez. Todos querían á Tom, y Tom lo merecía. Hicimos algunos viajes juntos y jamás ví hombre alguno que no le respetase. Cuando daba los cinco y decía, *soy tu amigo*, bien se podía ir con él hasta los infiernos, que no se le vería virar de bordo en el momento del peligro. Sus amigos podían disponer de su bolsa, de su vida y de sus puños. Y ¿qué puños, Dios mío!»

«Habíase criado con nosotros la hija de un vecino á quien Tom amaba con locura. Tenía esta un rostro mas sereno y apacible que una calma, y un talle mas esbelto y ligero que un negrero. Desde muy niños se habían cobrado una afición mútua, y cuando tuvo ella 16 años, era imposible encontrar dos personas que mas se quisieran, ni que mas dignas fuesen una de otra.»

«Habían convenido en casarse tan luego como Tom reuniese algunos chelines, cosa que no era muy difícil teniendo un corazón como el de mi amigo, y habiendo buques franceses y galeones españoles. La guerra había vuelto á empezar; había falta gente joven y dispuesta, y la ocasión no debía desaprovecharse. Nos dispusimos, pues, á salir en una balandra armada en corso que iba á llevar ancla para tentar fortuna. Hubo llantos y suspiros; ví las mejillas de Tom humedecidas con lágrimas; pero una vez suelto el trapo, y al oír crujir las maderas bajo el peso del viento, volvió á recobrar su acostumbrada serenidad pensando solo en arreglar sus armas de abordage.»

«Al salir de bahía rompió Tom un espejito que tenía, y desde aquel momento me persuadí que el viaje le acarrearía alguna desgracia. Sucedió todo lo contrario al parecer. Después de navegar muchos días sin haber visto una sola vela que pudiese convenirnos, alcanzamos por fin á una embarcación española que volvía de América. La ganamos las aguas y nos pusimos á la capa con pabellón español para observar sus movimientos. Tan diferentes eran los dos buques, y tan poca inquietud podía ofrecer nuestra balandra al español, que toda su tripulación se bajó al medio día á comer sus ranchos. Nadie veíamos sobre cubierta mas que el timonel, y por lo tanto nos fuimos acercando, poco á poco y como por descuido, hasta colocarnos á la banda del buque. Nuestra nave parecía entonces un esquife miserable y su palo no sobresalía muchos pies por encima de la borda de la fragata enemiga. Dió entonces la señal nuestro capitán y todos los veinte hombres salimos como gatos por la obra muerta, con una pistola en la mano, otra y un cuchillo en el cinto y el sable en la boca, dejando solo un hombre y el pago de escuela en nuestra balandra. Llegamos sin estorbo alguno á saltar sobre la cubierta: ¡en mi vida he visto gente mas confiada que aquellos españoles! Después nos dijeron que ellos nada sabían de haberse vuelto á empezar la guerra; pero aunque así fuese, un buen marino nunca se debe dormir mientras haya una sola lancha á tiro de carronada. Esta fué nuestra suerte, que si todos se hubieran portado como un mozo alto y hermoso que fué el primero en vernos, no creo yo que hubiesen arriado su bandera aunque hubiera habido tres buques como el nuestro.»

—¿Qué hizo? pregunté agitado por una multitud de sentimientos indefinibles.

«Lo que todos debían haber hecho; contestó el anciano con vehemencia. Murio como un valiente. Apenas vió al primer muchacho nuestro dentro de la fragata, que tirando una cazuela de arroz que comía, y tomando una hacha con ambas manos le asestó tal golpe, que á no haber dado en un cabo, le hubiera dividido la cabeza. Nuestro compañero le apuntó con una pistola diciéndole que se rindiese, pero el español le contestó con otro hachazo que le causó una profunda herida en la frente. Entonces ya no había compostura; se sujetó el inglés la herida con una mano y con la otra tendió muerto á sus pies de un pistoletazo á aquel valiente.»

En medio de las penosas sensaciones que el relato del Pescador habían despertado en mi pecho, latió mi corazón al oír estas palabras con orgullo, considerando que no todo había sido impericia y degeneración en aquel trágico período de nuestra historia. ¡Pobrisimo consuelo, como el que pudiéramos tener hoy al mirar la bizarría y noble abnegación que de cuando en cuando brillan en el cenagal de las pasiones, y que tan á su sabor explotan ciertos hombres de todos matices, peste y tormento de la pobre España!

«Solo aquel joven, continuó el antiguo marino, fué el que ofreció alguna resistencia; los demás se rindieron sin moverse. En pocos instantes los trasladamos á nuestra balandra con algunos víveres y aguada, y dirigimos

nuestro rumbo hácia esta isla en una fragata ricamente cargada y perteneciente ya á los súbditos de S. M. Británica. A los tres días llegamos á Saint-Helier sin averia alguna y con muy buenas onzas españolas en el bolsillo.

«Con grande algaraxa saltamos á tierra y arribamos, primeramente, á una taberna para convidar á todo hombre de pro que se hallase al alcance de bocina; porque dicen que el marino gana el dinero como un caballo y le gasta como un asno, pero en aquellos tiempos le ganábamos como leones y le gastábamos como príncipes. Así estoy yo ahora. Si hubiera obrado como otros muchos de mi clase, sería algun grande y poderoso señor como ellos. Pero, ¿qué diantres!... tambien no valdria mi alma dos peniques.»

«Salimos de la taberna para arrambarnos hácia nuestra parroquia, mas íbamos tan calientes, que nunca hubiéramos dado con ella sino nos avalizamos con el campanario de la iglesia. Durante toda la travesía iba Tom soñando con Betsy y con una media docena de chiquillos fuertes y rullizos sin acordarse que los agüeros siempre son agüeros, ni que el espejo que rompió al salir de bahía le anunciaba algun acontecimiento infalible y nada bueno.»

Dichas estas palabras en un tono solemne y reposado, el antiguo marino vació las cenizas de su pipa dando algunos golpecitos con ella sobre el banco; volvió á cargarla de tabaco; bebió un buen trago, y anudó en estos términos el hilo de su historia.

«Mientras estábamos á caza de españoles ó franceses, que para nosotros todos eran unos, había llegado á Jersey un marinero inglés que llamaban Butler. Alto, buen mozo, charlatan sempiterno, gastador y enumerado, no dejaba en calma á ninguna muchacha de la isla y en viéndose una papalina ó un gorro de paja, no se andaba con chiquitas; luego á boca de jarro y al abordaje. Este tal vió por desgracia á Betsy, y le sucedió lo que á todos los que la conocían, se enamoró de ella muy de veras. Al pronto creyó que esta sería otra de las muchas presas que hacia diariamente bajo pabellón disfrazado, pero un par de buenos bofetones bien aplicados, le dieron á entender que aquella nave ya tenía flete, y que á nadie arriaba bandera mas que á mi amigo Tom. Como suele suceder, este solo sirvió para aumentar el tesón de Butler, y aunque cambió de manobra siguió el mismo rumbo. Tenía oro á manos llenas porque sin duda le había tocado buena parte de las riquezas del Rey de España, y como ya sabia navegar en todo tiempo por el mundo, empezó á ganar las voluntades á los padres de Betsy, lográndolo tan de lleno, que á los ocho dias ya se la había pedido por muger y había logrado su consentimiento.»

«Así estaban las cosas cuando nosotros arribamos: él mas terno en su ataque que un pirata, y ella mas firme en despreciarlo que un escolto. Llegó Tom y bien pronto lo arregió todo con los padres: ya se vé... tambien traía oro en abundancia; pero no fué tan fácil hacer que Butler levase sus anclas de aquella casa. Tuvieron que mediar algunos puñetazos que le aplicó mi amigo con toda la gracia de un boxista, y por fin se alejó de nuestras aguas jurando vengarse aunque viviese cien años.»

«Pasáronse despues dos ó tres dias sin que nadie se volviese á acordar del novio advenedizo y solo pensando en la boda de los dos amantes. Antes que esta se verificara dispusimos venir aquí una noche de otoño con la idea de divertirnos y pescar anguillas de arena. En efecto, varios amigos salimos para la Hogue, y pocos pasos habríamos dado, cuando nos hallamos con un perro sentado en medio del camino, dando los abullidos mas lastimosos que en mi vida he oido, ni oiré jamás.»

—Tom, dije á mi amigo, dejemos la pesca para otra noche.

—¿Por qué? preguntó.

—Mira á ese perro, contesté.

—¿Tú siempre con tus ridiculices! ¿Cuándo serás hombre? ¿Te acuerdas del espejo?

—Me acuerdo, y todavia no sabemos lo que querria decir aquello. Ademas ¿no te anunció lo de Butler? Quien sabe si este perro nos prevendrá contra alguna emboscada de ese cargrejo. El juró vengarse.

—No seas niño volví á decirme Tom. Esto no anuncia ni mas ni menos que el espejo. El perro ladra porque tiene frío, y el espejo se rompió porque no era de hierro colado. Butler se habrá marchado ya á estas horas para el Africa, pues su buque se hacia á la vela esta misma noche; y aunque así no fuera, ni sabe que vamos á la Hogue ni si lo supiese se pondria al alcance de mis nudillos: conoce lo que pesa. Pero no hablemos mas de esto, que Betsy se entristece de oirlo.

—Como quieras, le dije, pero á lo menos te ruego que no te apartes de mí.

«Pronto llegamos á este mismo cuarto muy antes de la hora, y pasamos el rato bebiendo, fumando, hablando y riendo.»

—Vamos, ¡gritó Tom! apuesto á que yo y mi Betsy traemos esta noche mas anguillas que otros dos pescadores, sean los que fueren.

—Si, añadió Betsy con su linda voccecita, yo tambien lo apuesto.

—Poco á poco, señores, repuse. ¿Hemos de jugar limpio y como leales marinos?

—Por supuesto, dijo Betsy.

—Entonces, reina mia, ahí van diez guineas que se gastarán en bebida para esta gente; porque nuestro amigo Jack y yo hemos de traer un doble mas que VV.

—Ahí va mi dinero, dijo Tom arrojando igual cantidad sobre la mesa. Vamos pronto á la prueba.

—A la prueba, gritamos nosotros.

«Mientras se seguia esta conversacion, noté que se acercaba como para oirla, un hombre viejo, al parecer, que se habia mantenido en ese rincon donde estan las algas y que llevaba el chaqueton abotonado hasta la boca y el sombrero calado hasta los ojos. Saló detrás de nosotros y siempre se mantuvo á la vista, aunque no muy cerca.»

«Por fin llegamos á los charcos y principiámos la diversion. Cada cual afaná como pudo, para ganar el importe y la fama de la apuesta. Unos registraron un trozo; otros otro; y á los diez minutos todos tuvimos que tomar la vuelta de la choza. Como era natural antes de emprender el viaje, llamé á Betsy y á mi ami-

go; pero viendo que nadie respondia, me imaginé que me habrían ganado el barlovento para tenerme preparada alguna traza ó engaño, y por lo mismo eché á andar tanto mas de prisa.»

«Estaria á mitad del camino, cuando oí unos gritos agudísimos que no tardé en reconocer. Era la voz de Betsy que debia hallarse no muy lejos. Corrí al instante á subirme encima de una roca, y cuando llegué á ella los gritos se oian en direccion opuesta. Corrí otra vez en aquella direccion, y si antes venian de levante al poco trecho sonaban al poniente. Así estuve corriendo de una parte á otra sin lograr saber donde estaban mis amigos y sin acordarme de la marea. Las voces unas veces se oian á sotavento y otras á barlovento.»

—Era el eco de la playa, dije un amigo mio.

«No sé á la verdad lo que que VV. llamarán eco, reposo el pescador sencillamente, pero si que mis amigos y los pescadores que se hallaban junto, tenían razon en decirme: *No te canses muchacho; mira que las brujas te llevarán de ceca en meca hasta que ya nadie pueda salvarte y seas pasto de peces. Acuérdate de cuantos han engañado y perdido con sus voces y señales.* Pero yo no estaba para acordarme de nada; solo conocí el peligro en que me hallaba cuando me ví rodeado de agua por todas partes. ¡Qué tormentos no pasé yo entonces! Mi amigo se ahogaba y no podia salvarle; su novia perecia y no la podia socorrer. Viendo que ya no habia recurso, me eché muy cansado al agua y nunca me ha costado tanto trabajo el atravesar un brazo de mar de mil pies. A cada brazada me heria contra los picos de la playa, y para evitarlos tenia que nadar muy despacio con la cabeza erguida, como un perro de Terranova buscando un baston en el agua. Todos los pescados que llevaba salieron cada uno por su lado así que se sintieron otra vez en su elemento. ¡Adios pesca!»

«Llegué á la costa tan cansado y con el corazon tan oprimido, que caí casi muerto sobre la yerba. Las voces habian cesado; reinaba un silencio espantoso á pesar del rumor de la marea; todo habia terminado para mí, y no podia dudar un momento de la verdad de la desgracia.»

El interés que nos habia á todos inspirado la sencilla relacion del marino era tal, que sin podernos contener esclamamos al propio tiempo.

—¿Pero, murieron ambos? Decidnos al menos cómo fué. ¿Supisteis qué los sucedió en sus últimos momentos?

«Voy á referirlo brevemente. Parece que al arribar al punto en donde se dió principio á la pesca se acercó á ellos el viejo del chaqueton que nos habia seguido, y propuso á Tom con muy buenos modos que si queria ganar la cantidad que habia apostado, él le conduciria mediante algunos peniques donde pescase mas anguillas en cinco minutos, que los demas en una semana. El intento y sencillo Tom creyó lo que le decian, y acompañado de su linda Betsy, se apartó de nosotros para seguir al viejo. Despues de andar buen trecho por aquella playa, se hallaron de pronto solos y entre un laberinto de rocas: el viejo habia desaparecido. Entonces cono-

cieron el engaño y quisieron ganar á toda prisa la costa, pero ya era tarde: estaban rodeados del mar en todas direcciones.»

«Bien conoció Tom lo peligroso de su situación y propuso á Betsy que se quedase en el pico mas alto que por allí había, mientras iba á buscar un bote de los muchos que por aquellos puntos solían dejar los pescadores. Mas al verle Betsy alejarse, se abalanzó á él por un movimiento involuntario, y le echó los brazos al cuello sujetándolo mejor que pudiera hacerlo un perro de presa. El la habla-

ba para convencerla, pero estaba ya loca: era como los que se ahogan que en agarrándose á uno, jamás le sueltan. Así estaban y la marea subía sin cesar, cuando detrás de aquella roca salió el pescador del chaqueton. Pásose delante de ellos; desabrochóse con prontitud; arrojó su sombrero al suelo, y con una sonrisa maligna y la mano sobre un cuchillo que llevaba en el cinto, le dijo: —¿Me conoces, Tom? Es Butler que viene á hacerte el regalo de boda. Betsy dió un grito de desesperación; Tom rugió de ira, y el infame Butler desenval-



nando su cuchillo se lanzó sobre él como el tiburón sobre su presa.

«Aunque las armas eran muy desiguales, también lo era el valor de los combatientes. Mi amigo se colocó delante de Betsy y con toda la sangre fría de un marino, paró el golpe con el brazo izquierdo y sujetó con la otra mano la diestra de su contrario. Entonces empezaron una lucha terrible. Butler pugnaba por soltar el brazo que le tenía asido su contrario como con unas te-

nazas de hierro; la lucha se prolongaba sin ventaja alguna, y la mar subía, subía. Ya las olas les mojaban los zapatos, cuando mi amigo hizo un esfuerzo desesperado y le aplicó á Butler tal puñetazo con el brazo izquierdo, á pesar de tenerle herido, que este soltando su arma se arrojó al agua y huyó cobardemente á nado. *Me es igual, dijo al alejarse, lo que no ha hecho mi cuchillo lo hará la mar.*»

Considerad ahora la situación del valiente Tom. Así-

lado, herido, de nada le servía haber evitado la muerte á manos de aquel vil asesino, pues imposible parecía ya equivocarla. Pero tenía un corazón de bronce, que jamás arriaba bandera mientras quedaba un cartucho. Sin pararse á considerar, arrojése al mar con diligencia, asegurando á su amada que pronto estaría de vuelta con un bote para salvarla, ó sin él para morir á su lado.»

« Por fortuna no tardó en hallar lo que buscaba. Subió á un esquife, exánime y al cortar la amarra divisó á lo lejos y á la claridad de la luna una lancha que doblaba la punta montada por un solo hombre.»

« Por muy pronto que volvió en busca de Betsy, ya no vió mas que una sábana de agua que cubria la roca en que la habia dejado. Miró con ansiedad todo en torno, y por fin distinguió cerca de donde estaba, unas manos y una cabera que se agitaban convulsivamente sobre la superficie. Remó aprisa, y pudo recoger el cuerpo casi vertido de su novia que arrastraban en pos de sí las corrientes de aquellas costas.»

—¿Murió? preguntamos varios.

—Por entonces, no; contestó el anciano. «Trás esfuerzos increíbles y con una constancia sin igual, pudo llegar Tom con la lancha donde yo me hallaba. Como

le creía muerto, casi me volví loco al oír su voz varonil. Corrimos al bote; sacamos á la infeliz Betsy, y después de dos horas la volvimos á la vida.»

« Señores! gritó un pescador desde fuera al llegar á estas palabras. Ya es hora de ponerse en camino. ¡A pescar!

Todos nos pusimos en pié, preguntando al narrador:

—Y Betsy, ¿vivió?

—Sí, contestó el del cuento arreglándose la cesta de mimbras sobre la espalda. A los pocos días se casaron los novios; pero al año murió ella de una enfermedad de pecho que contrajo aquella noche. Tom volvió á la mar otra vez, y pereció muy en breve, batiéndose á lo desesperado con un crucero francés. Los agüeros no habian sido en balde: el espejo y el perro no habian mentido.

—¿Y Butler? volvimos á preguntar.

—Nada supimos de él. Aquella misma noche salió su buque para el África.

Con estas palabras dejamos todos la miserable choza, y echamos á andar silenciosamente por la playa. Mas de una vez creí oír entre las rocas aquella noche los tristes gritos de la desgraciada Betsy.

M. M. B.

POESÍAS.

GOZAR DURMIENDO.

Puesto que es el despertar
para llorar y gemir,
déjame siempre soñar,
porque ¡es tan bello gozar
aunque sea en el dormir!

Tú que conoces muger
esta pasión, que me abraza,
acalla mi padecer,
tiéndeme tu blanca gasa
para mi sueño atraer.

Que siempre lloro si al mundo
mis ojos abro por verte,
pues siempre espero perderte;
pero entre el sueño profundo
es deliciosa mi suerte.

No me mandes despertar
porque es mandarme gemir,
déjame siempre soñar
porque es muy bello gozar
aunque sea en el dormir.

Allá entre sueños mi mente
siempre te vé entre las flores,
ó al pié de sonora fuente
cantándote dulcemente

los pintados ruiseñores.

Ayer soñé que rizaba
la brisa tu cabellera,
y el ave que te miraba
alegre te saludaba
con su garganta pariera.

Ví en las orillas del río
desnudo tu blanco pié,
y fué tal mi desvarío
que llegué á soñar bien mio...
no sepas lo que soñé.

Por entre alfombras de gualda
y al pié de un lindo abedul,
de tu frente una esmeralda
desprendí y tu blanco tul,
y te ceñí una guirralda.

La fuente mi amor contaba
y la brisa nos mecía,
el ave nos saludaba
do quier el placer miraba
brindándonos á porfía.

Reclinado junto á ti
me escuchaste suspirar,
y tus labios de rubí

mil veces dijeron «sí»
y acallaron mi pesar.
Quise en mi sueño profano
investigar tu pasión,
así tu nevada mano
y estampé un beso liviano
que inflamó mi corazón.

Y en pos de tanta heliera,
audaz mi amor caminando
por escuchar tu ternera...
no temas por tu pareza
porque todo fué soñando.

Abrí azorado los ojos,
y mirándome en mi lecho
hallé por flores abrojos,
en vez de calma despecho.
y en vez de amores enojos.

La fuente nada contaba,
nada brisa nos media,
ni el ave nos saludaba,
todo tristeza anunciaba
en vez de grata alegría:

Ni tu blanca mano así,
ni el dulce si te escuché,
ni ardiente beso estampé,
que todo se quedó allí...
en la región que soñé.

Pues si es solo el despertar
para llorar y gemir,
déjame siempre soñar;
porque ¡es tan bello gozar
aunque sea en el dormir!

CARLOS MESTRE Y MANZANA.

EL FUEGO DIVINO.

Salve fuerza del mundo,
Que recóndita vives en su seno;
Con ímpetu profundo
Te agitas como el trueno,
Y un torrente derramas de luz lleno.
De la radiosa frente
Del sublime hacedor brotaste pura,
Y al ver tu luz fulgente
Palpitó de ternura
El fecundado seno de natura.
Como la casta esposa
Si en medio de su dulce primavera,
En la entraña amorosa
Agitarse sintiera
El tierno infante por la vez primera.
Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,
Y armonioso rigor al firmamento.
El átomo impalpable
Tu fuego encierra, de la vida cuna
Principio inagotable,
Que hace del polvo raro
Simétrico cristal diáfano y claro.
Tu luz pura destella
En las iguales faces del diamante,
Y de la perla bella
Que da la mar sonante
En el esmalte y vívido cambiante.
Producen tus ardores
La pompa y galas mil del bosque umbrío,
Y la copia de flores

Que en el ardiente estío
Abren el seno al líquido rocío.
Los dorados racimos
Que penden gratos de la vid pimplen;
Y los frutos opimos
Cuya flor hermosa
Y dó liba la abeja miel hiblea.
El coro de las aves
Que puebla bella la región del viento,
Y con trinos suaves
Dan dúlcido contento
Al triste enamorado pensamiento.
Cuanto en el mundo vive
Es obra de tu mano poderosa,
Y en su seno recibe
La fuerza prodigiosa
Que obra dó quier magnífica y grandiosa.
Con tu vívido aliento
Figura diste á la materia inerte,
Y el fuego y movimiento
Que en sus átomos vierte,
Al sacarlos del seno de la muerte.
Y la forma elevada
Y varonil del hombre creaste luego,
Y á su mente sagrada
Diste dulce sosiego
Y á sus ojos el brillo de tu fuego.
Levantaste su frente
Cual si el asiento de tu lumbre fuera,
Hacia el cielo eminente
Cuya luz hechicera
En todas sus facciones reverbera.
Misteriosa armonía

Formaste con su mágica existencia,
Y cual la luz del día
Brotó la inteligencia
Que oculta estaba en su sublime esencia.
Como la lesbia lira,
Que en cada cuerda vibra melodiosa
Distinto son, y admira
De la máquina hermosa
Dando el conjunto música armoniosa.
Músicas hechiceras
Produjo aquel ser mágico y sagrado.
Como de las esferas
El giro arrebatado
Dá un concierto magnífico alternado.
Que la llama divina
Que modeló esparcida la estructura
Del hombre peregrina,
Formé con su ternura

Santa unidad indisoluble y pura:
Inmortal y sonora
De fuego celestial máquina ardiente,
Que misteriosa mora
Cual antorcha esplendente
En el sagrado templo de la frente.
Ya no mas confundida
Con la materia se verá, ya dura
Eternamente unida,
Y tan solo procura,
Volar al foco de su lumbre pura.
Descienda pues el rayo
Y anonade mi frágil existencia,
Que del mortal desmayo
Salva la inteligencia
Despertará de Dios en la presencia.

JUAN VULERA.

PAZ DEL ALMA.

...¡Cuán dulces y tranquilas
Pasan las horas derramando aroma
Sobre aquel ser feliz que á sus pupilas
El llanto del dolor jamás asoma...!
Y... ¡cómo se desliza mansamente
La plácida existencia
Del que, cual yo, sin la inquietud reposa
En los tristes recuerdos de la mente,
Y vé crecer pomposa
La flor del porvenir llena de esencia...!
Entonces, sin congoje,
Camina en los raudales de la vida
Como la seca hoja
Del manso arroyo en el cristal caída.
Y, exenta de pesar, vá el alma viendo
Al sol aparecer en la mañana.
Por el éter vertiendo,
De su manto de grana,
Un piélagos de luz inmensurable;
Y las ondas del mar, lentas bullendo,
Retratan otro sol mas admirable.
Y luego en su carrera,
Al ir cruzando en el azul espacio,
El mágico verdor de la pradera
Rápido desvanece, y mustio y lúcio,
Y sin gratos olores,
El cáliz deja de las tiernas flores.
Y vé en el Occidente irse volando
Su régia faz entre celages de oro;
Entre sombras quedando
El ancho espacio, y el tendido suelo,
Al quedar de su luz sin el tesoro
El rutilante cielo.

¡Ah!... ¡cuántas sensaciones
Causa el fulgor de la modesta luna
Allá en su corazón, sin aflicciones,
Lejano del rigor de la fortuna...!
¡Cual se acerca al esciso firmamento,
En alas del placer su fantasía,
Si escucha la armonía
Que en el silencio nocturnal, el viento
Forma vagando por la selva umbría...!
Sin sentir la amargura
Que infunde con su peso la tristeza,
Siempre á sus ojos aparece pura
La gran naturaleza.
No teme destructoras
Fieras borrascas en su herido pecho,
Pues no cuenta las horas
En afanosas lágrimas deshecho;
Y tan solo las siente
Tranquilas resbalar, una por una,
Como resbalan por su quieta frente
Los blancos rayos de la blanca luna.
Solo tiene en la vida
Bienandanza y solaz, dicha sin tasa,
Dulce quietud querida
En cada instante que al olvido pasa;
Pues ¡ay! si alguna vez, ráfaga triste
Del viento del pesar, recia le acosa,
Sus ímpetus resiste
Del corazón la bienhadada calma;
Y torna mas sabrosa
A brotar con amor la paz del alma.
Almo sosiego, manantial de bienes,
Cuyos limpios raudales

Manos alejan al brotar perenes
De la existencia los terribles males;
Seguid en leves sones
Resbalando en el valle de la vida,
Sin horror de los tiernos corazones
Tranquilos como el río,
Las puras y radiantes ilusiones
Que no destruye el porvenir sombrío.

Y si en el cielo, la serena vista
Notase alguna nube dolorosa,
«A su influjo resista
»Del corazón la bienhadada calma,
»Y siga mas sabrosa
»Brotando con amor la paz del alma.»

ANT. ARNAO.

Estando para publicarse la novela histórica de la Señorita Avellanada, titulada *Guatimozin*, que por fin verá la luz pública en España, hemos determinado en obsequio á su autora insertar en nuestro periódico un fragmento descriptivo de dicha obra, que agradará á no dudarlo á nuestros suscritores y que es uno de los muchos del mismo género que la embellecen.

«Salíó el Príncipe de Méjico por la calzada de Iztacpalapa y volviendo los ojos hacia la ciudad que dejaba á su espalda. — ¡Adios Tenextitlan! exclamó. Protéjante tus dioses tutelares y no vuelvan mis pies á hollar tu suelo, sino cuando puedan mis manos lavar con sangre la huella que estamparon en él tus inhumanos opresores.

Desde aquel momento nada pudo sacarle de su profunda tristeza, y negándose á las instancias de muchos nobles de Iztacpalapa que salieron á recibirle, atravesó sin detenerse aquella hermosa ciudad y fué á parar en un pueblecillo, algo mas adelante.

Amaneció el siguiente día despejado y sereno, y el camino que emprendió la caravana á sus primeros albores, era ciertamente por un pais muy capaz de fijar la atención mas distraída y de disipar los mas sombríos pesares.

La campiña de Méjico, reputada con razon como una de las mas estensas y hermosas de la tierra, ofrecia por todas partes vistas risueñas y agradables. A un lado y al otro veían los viajeros terrenos cultivados, donde tan pronto se encontraban vastísimos maizales, cuyas mazorcas coronadas de hilos de oro resaltaban entre las hojas de un verde muy vivo, y largos platanales que se balanceaban al impulso de la brisa; tan pronto inmensos cacahuales entrecruzando sus ramas cubiertas de vainas matizadas de amarillo y grana, y algodonereros que abrían sus verdes capullos brotando copos tan blancos como la nieve.

Por campos de magueyes, cuyos tallos á manera de conos puntiagudos se elevaban algunos enteramente cerrados y otros, abiertos ya algunas de sus hojas erizadas de puas, se llegaba á aquellos en que abundaba el precioso nopal que cria la cochinilla; y saliendo de un bosquecillo de magestuosos sapotes solían encontrarse á la entrada de otro de pomar rosas, cuyos aromas perfumaban el ambiente.

En segundo término encontraba con frecuencia la vista colinas pintorescas, coronadas de cocos y soberbias palmas; y en el fondo del cuadro dilatadas montañas cuyas cimas iban á envolverse en cendales de nubes.

Bandadas de papagayos y otras muchas aves de vistosos plumajes, aparecían á menudo por uno y otro lado del camino, y de vez en cuando velase dirigir su vuelo hacia las montañas algun águila solitaria.

El hermoso cielo que cubria tan risueños paisajes, comenzó á oscurecerse con sombras que robaban por grados los vivos colores á los campos; y el Príncipe que no se habia detenido en todo el día sino lo necesario para cambiar de *tamemes* y dar algun descanso á la Princesa,

determinó hacer alto en una pequeña poblacion, vecina al territorio de Chalco.

Como el convoy andaba despacio sobrevino la noche antes que pudiesen entrar en aquella aldea; pero era noche de las mas deliciosas que pueden gozarse en aquel clima. Una multitud de brillantes luciérnagas pobló los árboles en pocos minutos, como si por una benéfica prevision hubiese cuidado la naturaleza de proporcionar claridad á los viajeros de aquellos campos desiertos.

Llegó por fin el convoy al sitio de su descanso, donde no pudo escusarse Guatimozin de recibir las visitas de algunos indios principales, que despues de disputarse el honor de hospedarle, acudían á ofrecerle víveres y *tamemes* para la carga.

El pais por donde al día siguiente continuaron su marcha presentaba un aspecto enteramente diferente del que acababan de atravesar. Empezaron á subir la montaña de Chalco, y el Príncipe se detuvo un momento para echar una mirada sobre la fértil llanura que dejaba á su espalda, y á cuyos últimos términos se descubrían las poblaciones del gran lago de Méjico. Aquella estension de agua, comparable á un ancho brazo de mar, se veía en lontananza sembrada por todos lados de hermosas ciudades, cuyas torres doradas parecían flotar sobre su superficie. Descollaba entre todas las poblaciones la antigua Tenextitlan, y queriendo casi rivalizarle en grandexa, tendia Tezcaco su alto caserío por la orilla oriental, á manera de una ancha cinta de plata, metal que imitaban las barnizadas paredes de sus edificios; mientras al estremo opuesto, orgullosa de su predominio sobre todas las poblaciones cercanas, se levantaba Tacuba, ciudad de las flores, cuyos terrados eran otros tantos jardines. En medio de ella y de Tacubaya erguiose la desnuda roca de Chalchotepec, en cuyo vértice se veía un soberbio palacio del Emperador; y no muy distante la colina de Tepeyac donde estaba el templo de *Ben Teott*, diosa de la agricultura. Cuyoacan, al Sur, daba las manos, por decirlo así, á las ciudades de Suchimilco, Chochuilobusco y Merquique, y mas distante de la capital se encontraba la montaña cónica de Tecosingo, á cuyo pié conservan todavia su nombre los célebres baños de Motezuma.

Un hondo suspiro se escapó del pecho de Guatimozin. Vé, dijo á su esposa con acento amargo, vé allá tantas grandes ciudades, capitales de los dominios de tantos Príncipes poderosos, sobre los cuales reina un supremo Emperador..... unos pocos hombres extranjeros esclavizan á todos esos soberanos!

El grande espíritu les volverá la razon; respondió la Princesa; y Guatimozin ordenó continuase la marcha. Si eran hermosos los puntos de vista que podían gozar los viajeros volviendo los ojos hacia atrás, no eran á la verdad menos dignos de atencion los que naturalmente se les presentaban.

La tierra alta, por donde caminaban, ofrecia una sucesion continua de magníficos paisajes.

Tan pronto subían por un terreno quebrado, donde estrechándose el camino apenas permitia paso á las literas para llegar á pintorescas colinas coronadas de verdor

sterio, tan pronto bajaban á valles profundos cortados por riachuelos que descendían de las montañas. Praderas floridas y bosques espesos formaban á veces un próximo y agradable contraste, y por donde quiera que se tendiese la vista encontrábase algún rasgo valiente de aquella naturaleza poderosa, que parece obra de una mano, mas atrevida que el resto de la creación.

Como atalayas gigantescas de aquel magnífico país levantaba hacia un lado su nevada cima el monte de Ixtasihualt, y al otro su ignívoma cumbre el formidable Popocatepec, despidiendo una espesa columna de humo que esparciéndose en el aire formaba nubes oscuras que contrastaban con la blancura de la lava que cubría aquella parte de la montaña. Todas las cercanías del volcan son de admirable fertilidad: pudiera decirse que aquella tierra, dominada por tan terrible enemigo, es como la víctima coronada de flores para el sacrificio; ó como la pérfida sirena que seduce al hombre para llevarlo al peligro.

La vista encantada no acertaría á apartarse de aquella escena maravillosa, si á medida que se desvia de ella el viajero, adelantándose á Zocotihlan, no se presentase á sus ojos otra tan grande y no menos pintoresca.

Pinahuitzapan (1) levanta hasta las nubes sus volcáni-

(1) Montaña conocida hoy con el nombre de *Cofre de Perote*.

cas crestas, y al pié de su base colosal una multitud de aldeas hordan el fértil valle en cuyo centro tenia Olinteht la capital de sus dominios.

Entró en ella el Príncipe con su comitiva en una tarde fría pero serena, y sabió á recibirle al umbral de su palacio el respetable cacique.

¿En qué situación dejás al Emperador? preguntó al Príncipe de Tacuba. ¿Prosigue dispensando sus favores á esos extranjeros tan malignos como afortunados?

El soberano de Tezcoco arrastra cadenas como un facineroso, y yo vengo á tus dominios en clase de desterrado, respondió Guatimozin. Por aquí puedes inferir el grado de favor que tienen con Motexuma los extranjeros.

¿Está preso el Príncipe de la lanza mortal! (1) exclamó con sorpresa Olinteht; Viene desterrado el héroe de Tacuba!... ¿Los Teules se compadecan de nosotros!

Bajó tristemente la cabeza y condujo á sus huéspedes á las habitaciones mas espaciosas de su palacio, donde dejándolos en libertad fué á disponer alojamiento para las personas de su comitiva.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(1) Cacomatzin, primer consejero y elector del Imperio, era muy conocido por este sobrenombre que debió á su valor.



(Allegoría del mes de Setiembre.)

REVISTA DEL MES DE SETIEMBRE.

ESPAÑA.

Empezó el mes de las ferias en Madrid, y con él principió á tomar Madrid un aspecto mas animado y menos monótono. Los teatros se abrieron, la población ausente volvió á dirigirse hacia la capital, y todos se prepararon

Tomo I.—SETIEMBRE DE 1845.

á pasar del mejor modo posible la época que en Madrid es la mejor del año: el otoño.

En los primeros dias del mes, de nada se oía hablar mas que de las fiestas que habían de hacerse en Pamplona, y el programa de las funciones corría de mano en mano sintiendo unos no hallarse en aquella ciudad porque

22

no podían ver los toros, otros porque deseaban aplaudir á Montes, otros porque creían que los bailes serían una cosa nunca vista, los mas porque ansiaban conocer á los hijos de nuestro amigo Luis Felipe, y muchos porque estaban en Madrid, y esto solo bastaba para que desearan estar en Navarra.

No hacia á la verdad falta gente en esta última ciudad. Una multitud extraordinaria de forasteros habian acudido á ella de todas partes, y no habia la necesaria comodidad, ni los precisos albergues para tan asombrosa afluencia. Principiaron por fin el día 5 las tan deseadas fiestas con corridas de toros, bailes y algazaras, y muchos años



(El Duque y la Duquesa de Nemours.)

hacia que no habia reinado en Pamplona un júbilo tan general y una animacion tan estraña. El día 6 pasaron revista á las tropas los Principes franceses, y se mostraron altamente satisfechos del aspecto y disciplina de nuestro ejército. El 7 asistieron á las corridas de toros que fueron excelentes y en las que hubo todos los lances que pueden ocurrir en esta diversion puramente española. Cuatro picadores fueron heridos de asta; Montes capeó con toda la maestría de que es capaz; hubo perros, banderillas de fuego, y en fin, se hizo ver á los reales viajeros todo cuanto podia darles una idea exacta de nuestras fiestas nacionales. Tan cumplidamente hubieron de agradar estas á los Duques de Nemours y Anmale que ambos hicieron lindos regalos al primer espada y al picador Charpa. Al día siguiente salieron los Principes para Bayona, y la corte se preparó á volver á la capital, donde llegó á mediados de mes, dando con este término á un viaje que tanta inquietud ha causado y que á tantos recales ha dado origen.

Con la llegada de S. M. á esta coronada Villa, empezaron sus habitantes á esperar que se restituiria otra vez á este suelo la paz y la tranquilidad tan recientemente turbada con escenas sangrientas y lamentables. Principióse pues á disipar el general sobresalto y volvieron á discutirse cuestiones tan recientes como importantes.

En el número de estas estaba la de la nueva tarifa de correos. Como en ella se aumentaba el precio del porte de cartas é impresos, la opinion era casi anátime en contra de semejante cambio, y nosotros no podemos

menos de creer que la opinion general iba por muy buen camino.

Mas tarde ha venido tambien á ser asunto de general discusion el novísimo plan de estudios, y aunque toda la prensa se ha ocupado con calor de esta cuestion, queremos decir nosotros algo que nadie ha dicho y que no por esto deja de versar sobre un punto de reconocida utilidad é importancia.

Mucho tiempo han estado todas las naciones estudiando y afanándose para mejorar diversas especies de animales. La diaria esperiencia hacia conocer al hombre que las razas de los brutos degeneraban y bastardeaban si se las dejaba en un entero abandono, y que por el contrario se podian mejorar las castas y ennoblecer las especies con un cuidado entendido y una direccion acertada. Por esto trataban de mejorar al caballo, al perro, á la oveja y á casi todos los animales, pero sin acordarse jamás de que el hombre tambien podia y debia perfeccionarse físicamente. Convencidas en fin, de esta verdad algunas naciones de Europa dieron recientemente á la gimnasia toda la importancia que se merece, y la España, cuyo gobierno parece tener en tan poco este ramo de la educacion de un pueblo, proporcionó á un pais vecino algunos gimnastas aventajados, que, como otros muchos de sus hermanos, fueron á utilizar sus conocimientos lejos de una patria desagradecida. No por esto carece en el día nuestro pais de profesores aventajadísimos en este ramo. Todos recordarán haber leído no hace mucho la esposicion que respecto á la ensenanza de la gimnasia dirigió al Go-

na ciudad.
un acudido
la comodi-
osa afluencia
das fiestas
ochos años

bierno de S. M. el señor de Aguilera. La ventajosa posición social de este señor, sus profundos conocimientos y privilegiadas facultades, y sobre todo la necesidad que hay de establecer gimnasios, particularmente en las poblaciones grandes, parecían ser otros tantos motivos para que se hiciese cuando menos una ligeramención de la gimnasia en el nuevo plan de estudios. No podemos por lo tanto atinar con la causa del vituperable silencio del gobierno, cuando nos consta que consultó con el señor Conde de Villalobos sobre este particular, y que se

halló convencido de los patrióticos y laudables sentimientos que animan á tan admirable gimnasta. Sentimos en el alma ver el poco fruto que éste saca de sus afanes y sacrificios, mucho mas cuando para nosotros no necesita demostración alguna la necesidad que hay en nuestra sociedad de unos establecimientos mas moralizadores quizá, que todas las leyes y reglamentos presentes y venideros.

Mas acertado ha andado el Liceo al disponer que en su teatro no vuelvan á ponerse en escena mas que obras



(El Duque D'Aumale.)

nuy buen

e general
que toda
don, que-
y que no
conocida

nes estu-
pecies de
el hombre
tardaban
re por el
eleger las
cion acer-
al perro,
acordarse
perfeccio-
dad algu-
gimnasia
cuyo go-
educacion
nos gim-
sus her-
s de una
dia neces-
amo. Po-
sposicion
pió al Go-

originales españolas. Mucho tiempo hace que debiera haberse sentido la conveniencia de semejante medida, y sería de desear que los Directores de los teatros públicos de esta corte participasen algun tanto del laudable celo que ha dictado tan importante disposicion. En el mes que ha transcurrido desde la apertura del Príncipe solo hemos visto funciones ya muy conocidas á pesar de ser numerosas las obras originales que con grande anticipacion se han presentado á este teatro. Con este motivo debemos hacer presente á su Director la importancia de aprobar ó desaprobear prontamente las composiciones que se le presenten. No siempre conviene á un autor estar un año esperando el fallo de la junta y tener una obra suya tanto tiempo en poder ajeno. En el Circo se han representado con aplauso las óperas *Adelia*, *I Due Foscari* y el baile la *Ondina*, y la compañía de la Cruz ha agradado muchísimo en *Il Giuramento* y *Hernani*. Se dice que tendremos este invierno un teatro dramático nuevo, al frente de cuya compañía estará el acreditado Señor Lombía. Con efecto, hemos visto ya casi concluido el edificio que para este fin se está construyendo en la calle de las Urosas.

Con esta y otras muchas mejoras que diariamente se notan en la corte, estará desconocidísimo muy en breve Madrid, y solo falta que se concluya una de las líneas principales de caminos de hierro, para que cambie to-

talmente su aspecto. La compañía del real camino de hierro del Norte de España parece estar hasta ahora á la cabeza de todas estas empresas, y la actividad que se advierte en todas sus operaciones hace esperar que pronto no serán los ferro-carriles una quimera en España.

Tambien se continúan con diligencia y acierto las obras del puente de hierro de Sevilla, que tanto ha de embellecer á aquella hermosísima y populosa ciudad.

Ya que hablamos de obras y de construcciones no queremos dejar de advertir la precision que hay de que las autoridades competentes vigilen sobre las que de nuevo se emprendan, en vista de las desgracias producidas por el hundimiento del café de la Plaza Mayor en Salamanca; y de las que pudieran haber sucedido en la obra de la calle de las Tres Cruces de esta corte.

Tambien debemos hablar, aunque muy ligeramemente, de algunas obras literarias que se han publicado en Madrid y que por su utilidad y buen desempeño merecen particular mención. El *manual de Mnemotecnica* de Don Pedro Mata es una obra tan útil como bien concebida, y aunque la doctrina que contiene no es en nada nueva, está sin embargo esplayada de un modo acertadísimo, y con una claridad muy rara á la verdad. Es cierto que hemos oído á alguna que otra persona tachar este libro de inútil, y aunque bien conocemos que imposible es dar memoria á quien la naturaleza se la ha negado, estamos

persuadidos que en esta, como en otras muchas cosas, el orden puede muchísimo, y que efectuándose casi todas las operaciones de la memoria por comparación y analogía, un libro que enseñe el mejor método que puede seguirse al hacer comparaciones, nunca será superfluo y mucho menos perjudicial.

Finalmente todo el pasado mes ha seguido publicándose en esta corte el Diccionario Estadístico de Don Pascual Madoz, y cada nueva entrega robustece mas y mas la ventajosa opinión que todos se habían formado de tan grandiosa obra. La minuciosidad y exactitud en los datos, su claridad en la redacción, y su multitud de noticias y observaciones la hacen una obra que no ha tenido ni tendrá igual, y tan útil como indispensable para todos.

ESTRANGERO.

Así como el acontecimiento mas notable que ha sucedido en nuestra España es sin duda alguna el viaje de S. M. por las provincias del Norte, así tambien casi todos los sucesos de interés acaecidos en el extranjero se pueden reducir á los viajes hechos en diferentes direcciones por personajes ilustres. La Reina de Inglaterra, viaja; S. M. la Emperatriz de todas las Rusias, viaja; Ibrahim Bajá, viaja tambien.

De todos estos viajes, el que mas debe llamar la atención pública es el de la Reina Vitoria por Prusia y Coburgo. Nada prueba tanto los progresos de la ilustración y libertad en toda Europa, y ninguno ofrece un carácter tan apacible y seductor. La llegada de S. M. en Prusia, produjo un entusiasmo general, pero todos los obsequios que ocasionó esta visita, casi se redujeron á unos quinientos ó seiscientos conciertos diarios. Mas tranquila y pacífica fué la estancia de la soberana de Inglaterra en Rosenau, deliciosa casa de campo del Duque de Sajonia Coburgo, pero no por esto ha sido menos interesante para nosotros. La sencilla franqueza y sincera cordialidad que han reinado en Rosenau, contrastan fuertemente con la ceremoniosa pompa, y exigente etiqueta que debe reinar en Windsor ó en Saint James, y digno es de observación el espectáculo de una de las primeras cabezas coronadas de Europa que, deponiendo la púrpura y el cetro, vá á buscar algunos instantes de inefable solaz entre un pueblo extranjero, confiada únicamente en los progresos de su ilustración y moralidad. Digno es de observación ver á la soberana de la

primera potencia del mundo, tomar desahogadamente y sin insignia alguna, un ligero refrigerio en una tienda campestre alrededor de la cual danzan mas de mil niños y niñas con todo el júbilo de la inocencia.

Parece que la visita de la Emperatriz de Rusia al Rey de Prusia, será mas ceremoniosa y grave, y ya se han hecho inmensos preparativos para las fiestas que con este motivo deben hacerse en Berlin. Entre estas las funciones dramáticas son de las mas principales, pues parece se pondrán en escena varias tragedias griegas con toda la exactitud en trajes, decoraciones y cores que sea compatible con los modernos adelantos. S. M. pasará en seguida á Italia á restablecer su quebrantada salud.

La del Papa no parece que se mejora en mucho, y la mortal enfermedad que le aqueja hace diariamente nuevos progresos.—Es ya indudable que su Santidad no puede tardar mucho en pasar á mejor vida.

Todo Londres ha estado consternado en estos últimos dias con la aparición de dos ó tres casos del cólera en aquella capital. Felizmente los médicos han declarado que en razon á la proximidad del invierno no debia temerse temor alguno de su continuación. Esta terrible plaga habrá llegado sin duda alguna á Europa por medio de algun buque inglés de la compañía de las Indias Orientales, en cuyo país está haciendo á la sazón terribles estragos.

Un cambio importantísimo ha tenido lugar últimamente en Constantinopla: Rizi-Bajá que hacia cinco años ejercia en el diván una influencia ilimitada, y que representaba en ellas ideas de reacción, ha sido destituido y preso, embargándose al propio tiempo todos sus bienes por orden del Sultan. Mucho y muy bueno se espera en favor de la ilustración y progresos de la Turquía, á consecuencia de este cambio.

Los teatros extranjeros empiezan á tomar mas animación con la proximidad del invierno. En París como en Londres, se abandonan las casas de campo, se dejan los viajes, se renuncia á los baños, para dirigirse de común acuerdo á cada capital y cambiar el háculo del viajero por los jefes de la ópera, el campo por la villa, y la contemplación de la naturaleza por el examen de los varios remedos de ella. Hasta ahora solo podemos citar una piececita mediana que se ha ejecutado en París con el título de *La vie en partie double*. Su éxito en el Gimmasio ha sido algo mejor que el de otras piezas que han naufragado entre innumerables silbos.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Calderon de la Barca fué llevado á la tumba coronado de laurel.

N. 6.º

